



NO SOMOS AQUELLOS NIÑOS



ANDRÉS CASANOVA

(1)

Si el cura Juan Ambrosio no hubiera ofendido a nuestros padres todavía estuviéramos yendo los domingos a la iglesia a escuchar sus sermones. Allí el doctor Cárdenas asistía siempre vestido de blanco y al acabar la misa entraba a la sacristía; él era el que organizaba las celebraciones de la Navidad entregando dinero para que las Damas Católicas fabricaran un desierto adornado con luces de colores por el que viajaban los tres reyes magos montados en sus camellos rumbo al pesebre donde se veía a un recién nacido.

Antes de que el cura Juan Ambrosio ofendiera a nuestros padres todavía el doctor Cárdenas conversaba con ellos. Movía las manos exageradamente y las piedras de sus sortijas nos deslumbraban. Hablaba del carro y de los fallos que tenía el motor, encargándole al padre de Alfonso pasar al día siguiente por su casa bien temprano para que lo llevara al taller de mister Keller. Llenaba los pulmones de aire mirándonos a todos desde una altura inalcanzable. Hablaba de sus muebles de caoba, del brillo que estaban perdiendo y le decía al padre de Eliodoro que la próxima semana debía ir a pintarlos. Casi en la puerta de la sacristía regresaba sobre sus pasos y hablaba con voz conciliadora, como si les tuviera lástima por ser tan ignorantes.

-Esto es comunismo.

Otras veces se dirigía al padre de Violeta y descubríamos en su voz un dejo de desprecio.

-Mañana tienes que ir a podar el jardín.

Cuando el cura Juan Ambrosio llamaba al doctor Cárdenas nosotros comenzábamos a caminar hacia la salida de la iglesia, contentos porque podríamos librarnos de los trajes de domingo cuando llegáramos a nuestras casas donde quedaríamos libres para correr por el patio o dedicarnos a nuestros juegos en el cuarto de Alfonso y el otro mellizo.

En el cuarto Alfonso hacía planes de venganza contra el cura Juan Ambrosio, como si adivinara que un día iba a ofender a nuestros padres.

-Cuando nos ponga la hostia en la boca lo mordemos.

-Eso es una herejía.

En el patio lanzábamos una lata llena de piedras mientras uno de nosotros quedaba con los ojos cerrados en espera de que los demás se escondieran. Cada vez que el primero descubría a alguno hacía sonar la lata y gritaba la palabra *tipisao* y a continuación el nombre.

-¡*Tipisao* Eliodoro!

-¡*Tipisao* Francisco!

-¡*Tipisao* Alexis!

Todos salíamos cuando nos mencionaban. Todos menos Alfonso.

-¡*Tipisao* Alfonso!

A él no le gustaba perder en ninguno de los juegos.

-¡*Tipisao* Alfonso!

No salía de su escondite y nosotros, aburridos, nos acercábamos en silencio a la ventana de la sala, sigilosos, con mucho cuidado; si interrumpíamos las conversaciones de los mayores nos mandaban a dormir.

-Acuérdate lo que dice tu mamá, Alfonso: los muchachos hablan cuando las gallinas mean.

-¡Cállense y déjenme oír!

Escondidos cerca de la ventana escuchábamos la historia del Viajante, aquel señor calvo de mirar adormilado que conocimos cuando vivíamos en Las Mercedes y nos escapábamos hacia el potrero de Lodeiro para bañarnos en la laguna. Eliodoro empujó a Francisco y éste le hizo cosquillas al otro mellizo; los tres lanzaron manotazos al aire hasta que alguno alcanzó a Alfonso en la cabeza.

-¡Si siguen chivando se lo digo a papá!

El padre de los mellizos estaba detrás de nosotros con la sogá del pozo entre las manos.

-¡A dormir!

Ahora tendríamos que conformarnos con recordar la primera historia sobre el Viajante escuchada en Las Mercedes, después que los mayores

terminaron los rezos al espíritu de la abuela. Al Viajante lo habíamos conocido esa misma mañana de diciembre. Desde que entró a nuestras casas comenzó a anunciar la mercancía de su maleta y al llegar la noche sólo le quedaban unos pomos de medicina de dudoso valor curativo, algunos aretes de falsas piedras preciosas y dos relojes que marcaban la hora con retraso. Por la noche no hablaba de la mercancía sino de su viaje desde el pueblo hasta Las Mercedes.

En el pueblo había ascendido a un ómnibus de color gris y con los asientos flojos en la base. Avanzaron por una carretera zigzagueante y pronto el paisaje fue sólo árboles sucediéndose frente a sus ojos: mangos, limoneros, palmas reales, mangos nuevamente, limoneros, palmas reales; olor a tierra recién mojada que lo despertaba aunque el sueño volvía a vencerlo.

El calor acabó por amodorrarlo y el paisaje fue convirtiéndose en una música acompasada, en unos trinos de gorriones mañaneros. De momento sintió golpes dentro del sueño y en el límite del despertar escuchó un disparo. Cuando despertó por completo la compañera de asiento gritaba en tono histérico.

-¡Nos matan, nos matan!

Sólo entonces recordó haber escuchado un disparo. Un hombre de voz ordenadora, armado con una escopeta de caza, los obligaba a descender del ómnibus.

-¡Por orden de Bracamontes, todos abajo!

El nombre le parecía conocido pero aún no tenía ánimos para acordarse de nada. Debía ocuparse de que la maleta no se estropeará con el apuro de los de arriba y la insistencia de los de abajo. Al poner los pies en el asfalto intentó escurrirse entre el grupo y uno de los de abajo le sostuvo un brazo. Era un hombre de estatura pequeña aunque de manos recias y la voz firme, sin cuarteaduras.

-¿Qué traes ahí?

Zafó apresurado las correas y el barbudo que acababa de interrogarlo lo miró a los ojos. Sólo entonces reconoció a Bracamontes, uno de los empleados

de la finca de un abogado de apellido Cárdenas, dueño también de los almacenes donde él compraba su mercancía.

-Dice el Viajante que Bracamontes es un asesino. ¿Eso es verdad, eh Alfonso?

-Si no me dejan dormir llamo a papá.

(2)

Ahora que vivíamos en el pueblo el Viajante continuaba visitándonos y no hablaba de espíritus ni del valle de lágrimas que todos debíamos atravesar, sino del cura Juan Ambrosio.

-Sólo cobra un peso por bautizar a cada muchacho.

Nuestros padres quedaron convencidos de que cometían pecado mientras no nos llevaran al bautismo y visitamos por vez primera la iglesia, vestidos con unos trajecitos cortos que dejaban al descubierto las rodillas con señales de golpes y las piernas marcadas por las matas espinosas que abundaban cerca de nuestras casas.

-Ya no son herejes.

Aquella sentencia del Viajante nos estuvo martillando en la cabeza varios días.

-¿Qué es hereje, eh Alfonso?

Alfonso no nos respondía; estaba entretenido mirando las historias de Tarzán, de los Halcones Negros o de Supermán que vendía el Viajante a cinco centavos y que nosotros comprábamos a escondidas de nuestros padres juntando el dinero de la merienda entre todos.

Cuando mirábamos hacia la cama del otro mellizo lo veíamos leyendo también.

-A mí no me pregunten. Déjenme leer.

Salíamos del cuarto y llegábamos hasta la cocina, donde Gerardina luchaba con calderos y ollas cubiertas de tizne; sus ojos se llenaban de lágrimas mientras soplaba los trozos de madera hasta que el olor agri dulce de la ceniza era sustituido por el olor del fuego, un olor a resinas y a recuerdos de cuando vivíamos en Las Mercedes. La dejábamos allí, ocupada en llenar una lata de un café amarillento del que tomaríamos durante el almuerzo, y seguíamos hacia la sala. Allí el Viajante continuaba hablando como un profeta.

-Esto dura hasta que los americanos quieran.

Aquellas palabras nos recordaban, sin que supiéramos por qué, las palabras del doctor Cárdenas.

-Esto es comunismo.

El Viajante, poniéndose de pie y lanzando un fósforo acabado de apagar hacia fuera insistía en sus afirmaciones.

-Ya lo verán: ahorita los americanos intervienen.

La noche antes, después de concluir la misa, el doctor Cárdenas se acercó a nuestros padres para intercalar entre sus órdenes las opiniones que nos obligaban a compararlo con el Viajante.

-Recoja bien temprano el carro en mi casa y llévelo para el taller.

-Esto es comunismo.

-La próxima semana vaya a pintar los muebles.

-Este gobierno se cae en las primeras elecciones.

-No me obligue a buscar otro jardinero.

-A los americanos no les conviene el gobierno de Castro.

El Viajante exhaló una nube de humo frente a nuestras caras y apagó el cigarro a medio consumir contra la suela del zapato. Gerardina avisaba que era la hora del almuerzo.

(3)

El Viajante no se hallaba contrariado a pesar de que sus predicciones y las del doctor Cárdenas no acababan de cumplirse. Les decía a nuestros padres, con sorna: “Ya verán; si hacen elecciones volvemos a lo de antes”. Fue así como comenzamos a comprender que *lo de antes* significaba el potrero de Lodeiro con su laguna donde nos bañábamos, los rezos por la tranquilidad del espíritu de la abuela, la maleta del Viajante repleta de mercancías y Bracamontes: un hombre legendario y desconocido por nosotros.

-¿Y *lo de ahora* qué es, eh Alfonso?

-No me fastidien y ayúdenme a cargar esta cama.

Acabábamos de mudarnos hacia una casa distinta a la anterior en que vivíamos. Aquí el techo no estaba recubierto por telarañas y de las tejas no se desprendía el polvo que obligaba a Gerardina a barrer varias veces al día. Esta casa había sido de una tal China Fernández, como todas las casas de los alrededores. Las nuestras se habían derrumbado cuando el ciclón, y a la China Fernández le habían quitado las que le sobraban para dárnoslas a nosotros.

-¿Esto es *lo de ahora*, eh Alfonso?

-Apúrense, para irnos a jugar a las bolas.

Continuamos cargando las sillas de madera hacia dentro mientras pensábamos en mister Keller, el dueño del taller donde trabajaban nuestros padres. Él continuaba mascando *chiclets* y todo el día cantaba el estribillo *la picúa come gente*.

-¿La picúa es *lo de ahora*, eh Alfonso?

-Déjense de comer mierda y ayúdenme.

Alfonso estaba incómodo: quería irse a jugar debajo de la mata de mangos que había en el patio de la casa nueva, en vez de estarle ayudando a los mayores en la mudanza. Acababa de estrenar la primera mala palabra, de las tantas que diría y que le costarían algunas veces castigos con la sogá del pozo.

Lo de ahora no logramos aprenderlo en el primer momento, pues aunque no nos mojábamos ya cuando llovía, doña Remigia continuaba siendo la dueña de la escuela donde nos habían enseñado las letras del alfabeto a cambio de un dinero que debían pagar todos los meses nuestros padres.

Doña Remigia era una mujer más vieja que la abuela de nosotros, y vigilaba la entrada de los alumnos a la escuela ayudada por los maestros cuyos nombres empezaron a olvidárenos a medida que fuimos creciendo. No todos ellos usaban la correa que doña Remigia tenía enganchada en un clavo en la pared de su oficina. Nada más la utilizaban los que odiaban a los muchachos.

-Alfonso, te estás buscando un reglazo.

-Alfonso, conserva la distancia.

-Alfonso, ¿qué risa es esa?

Cuando pasábamos junto a doña Clara, la encargada de revisarnos dentro de las orejas y debajo de las uñas, de vez en cuando se escuchaba el sonido de un correazo y una ofensa.

-¡So cochino!

-¡Aprende a bañarte!

-¡Piojoso!

En cambio, al pasar cerca del maestro Argileo una sonrisa aparecía en nuestros rostros a pesar de que nos molestaba el fuerte hedor de su tabaco.

-¿Cómo están mis alumnos?

-¿Qué cuentan hoy mis muchachos?

-¿Cuándo hacemos otra excursión por los Mangos de Baraguá?

A los de primaria superior no les revisaban las orejas ni las uñas porque no jugaban a las bolas ni tenían que fajarse cuando bajaban la loma rumbo al arroyo donde de vez en cuando nos bañábamos. No podían estar sucios.

-¿Los grandes no se ensucian, eh Alfonso?

-No sigan hablándome que ya doña Clara me está mirando.

(4)

Nuestra aula en la escuela de doña Remigia estaba situada en el pasillo; con frecuencia escuchábamos la voz del maestro Argileo.

-Debemos seguir el ejemplo de Martí.

Así les decía el maestro a los de sexto grado y sus palabras, que se filtraban por los barrotes de una ventana, nos resultaban diferentes a las de doña Clara en las clases de Moral y Cívica.

-El Apóstol fue un buen cristiano.

Doña Remigia dejaba solos a los de primaria superior y salía a dar una vuelta por las restantes aulas. Con doña Clara se permitía confidencias, conversaciones que apenas entendíamos, comentarios sobre el maestro Argileo.

-Cada día está más flaco.

-Qué mal le quedan esos pantalones anchos.

-No me gusta cómo habla últimamente: se está volviendo comunista.

Las alusiones al comunismo alarmaban a doña Remigia, que se acomodaba los espejuelos de armadura de oro con los lentes redondos y mostraba asombro mezclado con temor.

-¿Tú crees?

Doña Clara afirmaba convencida y nos miraba con severidad porque aprovechábamos aquellas interrupciones de la dueña de la escuela para sacarle la lengua a cualquiera, introducir el pulgar en la boca y agitar los cuatro dedos restantes en señal de ofensa o reírnos con las ocurrencias de Alfonso. A más no nos atrevíamos por temor a la correa de doña Remigia.

En una oportunidad doña Clara sorprendió a Alfonso mirando las fotos de una boda que ella le mostraba a doña Remigia. Los demás permanecíamos en nuestros asientos, ocupados en calcular las cifras difíciles de siete más seis, operación que a más de uno traía preocupado; otros sacaban piedrecitas de los bolsillos y con disimulo las lanzaban contra alguna de las hembras más bonitas; Eliodoro miraba por la ventana hacia las nubes; Francisco tomaba las manos de Violeta y ella le permitía contar con sus dedos; el otro

mellizo permanecía aplicado en sus cuentas sin hacer caso de las preguntas de quienes le rodeábamos porque estábamos seguros que él sí sabía la respuesta correcta del problema. Sólo Alfonso se atrevió a ponerse de pie y acercándose a las dos maestras comenzó a mirar las fotos por encima del hombro de doña Clara.

-¿Quién es esa flaca? -preguntó doña Remigia.

-La sobrina de China Fernández -le contestó doña Clara.

-Ahora se las da de muy decente.

-Claro, chica: ese narizón que está a su lado la llevó a la iglesia vestida de novia antes del triunfo de los fidelistas. Ahora él tiene un cargo en el gobierno.

-¡No me digas!

-En La Habana, *mijita*: trabaja con el ayudante de un ministro.

-¿Y esa vieja tan fea quién es?

-Caramba, Remigia, esa es mi mamá.

No sabemos si doña Remigia se disculpó con doña Clara porque en ese instante las dos advirtieron que Alfonso estaba mirando las fotos.

-¡No seas pendenciero!

En el receso nos reímos de Alfonso que se quejaba de tener las espaldas adoloridas por los correazos de doña Clara.

Después de comprar los refrescos en el aparato de Coca-Cola que estaba al final del patio fuimos a nuestra aula y le compramos galleticas a doña Clara, quien en señal de recompensa por haber gastado nuestros centavos con ella nos prodigaba una sonrisa desprovista de dulzura. Con Alfonso, en cambio, fue distinto.

-Usted es un fresco.

Alfonso se apartó hasta un rincón a comer su merienda en silencio. Muchos nos alegrábamos de que le hubiesen pegado, así no tendría ánimos durante un buen rato para decirnos los apodos con que nos identificaba, comenzando sus ofensas contra el otro mellizo sin respetar a las hembras tampoco.

- Alexis el gallina.
- Francisco el esqueleto.
- Eliodoro el borracho.
- Minerva nalga de pollo.

(5)

El Viajante continuaba visitándonos y afirmaba que en el pueblo todo era un atraso. Él y nuestros padres se sentaban durante las tardes a conversar en la sala mientras nosotros ocupábamos la mesa del comedor y tratábamos de escucharlo a él porque sus juicios ya empezaban a inquietarnos, aunque debíamos estar atentos cuando le tocara jugar a Alfonso: si nos descuidábamos cambiaba el lance de los dados o movía las fichas a su antojo.

-En lugar de parqueos, argollas en los portales para amarrar los caballos.

Nos fastidiaba que el Viajante empezara a describir el pueblo con palabras cargadas de desprecio.

-El hotel La Gaviota es un barracón de haitianos lleno de chinches.

Alzaba la voz, altanero.

-El bar París es una lona mugrosa tirada encima de cabillas oxidadas.

No dejaba hablar a nuestros padres.

-La cafetería Asia es una fonda apestosa.

Nos molestaban sus opiniones de sabelotodo; nuestros padres, en cambio, lo recibían con sonrisas y apretones de manos efusivos. Gracias a él habían conocido al cura Juan Ambrosio cuando nos mudamos de Las Mercedes y fueron invitados a asistir a las misas dominicales, donde conversaron con el doctor Cárdenas, quien los contrataba para que realizaran trabajos en su casa; más tarde les presentó a mister Keller, que los aceptó en su taller de mecánica porque eran gente seria, respetuosa y honrada. Gracias a él alquilaron la primera casa donde habíamos vivido, una casa muy vieja cuyas tejas se desmoronaban cuando llovía formando pequeñas montañas de arcilla seca en todas las habitaciones. Sin embargo lo que más le agradecían nuestros padres al Viajante era que los hubiera ayudado en varias oportunidades a pagarle el alquiler a Edelicio León evitando así que nos sacara de la casa. A pesar del estado de abandono de las paredes que acabaron por derrumbarse años después, cuando el ciclón, en ese tiempo significaba la mejor de las casas a la que podíamos aspirar. Y cuando

nuestros padres no tenían el dinero completo para pagarle a Edelicio ahí estaba el Viajante con su sonrisa amistosa.

-No es ningún problema: sólo le cobraré diez centavos de interés por cada peso.

Cuando intentábamos recordarle estas historias a Alfonso, él nos llamaba la atención.

-Atiendan que voy a lanzar los dados. No quiero que después me acusen de estarles haciendo trampas.

A veces lográbamos desentendernos del Viajante y permanecíamos atentos durante horas al lance de los dados y al movimiento de las fichas multicolores discutiendo con Alfonso.

-No amarres los dados al tirarlos.

-Esa ficha no va en la casilla donde la pusiste.

Él proyectaba los labios hacia fuera cuando nosotros le rogábamos que nos hiciera alguna concesión.

-Ábreme el puente, no seas abusador.

En tono petulante Alfonso imitaba el hablar de nuestros hermanos mayores que se las daban de guapos; ellos alardeaban de valientes y aseguraban que estaban al fajarse con unos individuos que entraban al bar París a molestar.

-*Neverly.*

Sin embargo, no siempre Alfonso lograba mantenerse ajeno a las palabras del Viajante.

-Todas las calles están llenas de mierda de caballo -decía el hombre el tono ofensivo.

-No hay un lugar decente donde conseguir una buena hembra como Zulema la Endemoniada -afirmaba retador.

-Al bar del Sótano nunca le limpian el vómito de los borrachos -continuaba diciendo sin detenerse.

-El ballú del barrio La Candela es una asquerosidad -aseguraba.

El Viajante hinchaba su vientre y golpeándose los muslos con sus manos gruesas concluía con alguna frase lapidaria.

-Para gozar, La Habana. Allí sí hay buenos balluces.

Alfonso no podía disimular su rabia. Nos miraba a los ojos y en ese instante dejaba de ser el que vigilaba nuestra manera de caminar o la forma en que bateábamos para ponernos apodos ofensivos, sino quien expresaba el sentimiento de todos.

-Este hombre es un puerco.

(6)

Aunque no podíamos protestar en voz alta por temor a que nos golpearan con la soga del pozo abandonábamos el juego con disgusto cuando nos mandaban a bañar. Al terminar, sobre la mesa ya humeaban los diez centavos de arroz, los cinco de manteca, los dos de sal y los cinco de plátanos que habíamos ido a buscar esa mañana bien temprano en el caballito de palo antes de salir hacia la escuela. Entonces recordábamos las discusiones con el bodeguero.

-¿Quién ha visto que se da ñapa cuando alguien compra una peseta de mercancías? -nos interrogaba el gallego Polanco.

Lo peor de este momento no era tener que consumir aquella comida amenazados por los gritos de nuestros padres.

-¡Cojan bien la cuchara!

-¡No hablen con la boca llena!

-¡Cómanse los fideos!

Lo peor sería cuando nos obligaran a vestirnos con los trajecitos de pasear y tuviéramos que ir rumbo a la iglesia, a escuchar los sermones del cura Juan Ambrosio acerca de la pureza del alma y los diez mandamientos, mientras otros muchachos de las casas cercanas andaban corriendo libremente por las calles. Por ese motivo nos alegramos la noche que nuestros padres se pusieron de pie indignados y salieron de la iglesia sin esperar que el cura concluyera el sermón. Durante el trayecto hacia las casas nuestros padres iban comentando el suceso.

-Juan Ambrosio es un sinvergüenza.

-Seremos pobres, pero tenemos dignidad.

-Yo no le permito esa ofensa a nadie.

-Si no le gusta nuestro país, que se vaya para el suyo.

Jamás volvimos a la iglesia y nos alegramos porque ahora podríamos salir durante las noches por las calles y escuchar más de cerca los pregones.

-Tamalero.

-Maní, maní.

-Pasteles, pastelero. Pasteles con guayaba y carne.

Nos divertimos la ocasión en que nuestros hermanos mayores sorprendieron al pastelero en uno de los callejones oscuros del barrio; entre risotadas, recuerdos a la madre de alguien y malas palabras que íbamos grabando en la memoria para usarlas en nuestras futuras peleas, el cajón fue saqueado y alcanzamos unos pedazos crujientes que se nos deshacían en la boca mientras aspirábamos con todo el cuerpo el olor amezclado del hojaldre.

Después, cuando llamábamos al pastelero, colocaba el cajón en su cabeza y dando media vuelta se negaba a atendernos.

Otra noche nos acercamos al Tamalero con intenciones de repetir el ejemplo de los hermanos mayores. Él era un muchacho de nuestra misma edad y cojeaba de un pie. Enseguida Alfonso pretendió burlarse de él.

-Danos los tamales, pata de palo.

Lo teníamos rodeado. Parecía inminente que la botella de picante iba a ser nuestra y que desataríamos las amarras de los tamales sin ninguna dificultad. Entonces el Tamalero extrajo un cuchillo de su cintura.

-Yo sí pico.

Alfonso le habló conciliador.

-Era jugando, mi socio.

El Tamalero levantó el cuchillo, amenazante.

-Yo sí pico.

Y lo dejamos ir.

A partir de aquella noche Alfonso se hizo amigo del Tamalero y conversaban largo rato cuando éste pasaba por el barrio. Luego Alfonso venía donde nosotros y nos explicaba todo lo existente en el pueblo, desde el antiguo cuartel hasta el barrio La Candela, como intentando desmentir las opiniones del Viajante contra lo que llamábamos *nuestra ciudad*. Las palabras de Alfonso nos llenaban de dudas.

-¿Qué es una puta, eh Alfonso?

-¿Qué es un ballú, eh Alfonso?

-¿Qué es un billar, eh Alfonso?

-¿Qué es un chulo, eh Alfonso?

Alfonso no nos contestaba.

(7)

La salida que hicimos aquella mañana de diciembre con nuestros padres todavía la recordamos como si se tratara de una foto amarillenta y nos contagia de nostalgia, porque nos hace aparecer como gente de poder, influyente; como si fuéramos los dueños de lo que nunca hemos tenido. Íbamos de la mano de nuestros padres, quienes vociferaban hasta desgañitarse y nosotros algunas veces los imitábamos.

-¡Abajo los yanquis!

También cantaban, desafinando con sus voces desacostumbradas a la música. O gritaban vivas y mueras de forma alternada según las arengas del que iba al frente, un hombre de uniforme verde olivo, bajo de estatura y voz atronadora.

-¿Quién es ese tipo, eh Alfonso?

Alfonso se había convertido en nuestro guía, a quien recurriamos con todas las dudas. Él era de entre todos el único que se atrevía a escapar de la casa y deambular por ahí, en busca de noticias. Ya nos hablaba del Tamalero como de un gran amigo, asegurándonos que él lo llevaría al ballú del barrio la Candela. Ahora marchaba junto a nosotros aunque algunas veces se adelantaba al grupo, caminaba hasta el inicio de la manifestación y desde allí nos traía noticias.

-Al hombre del uniforme le dicen Bracamontes.

Bracamontes. Ese nombre se lo habíamos oído mencionar por vez primera al Viajante, a quien habían matado no hacía mucho en el bar del Sótano.

-¿Por qué mataron al Viajante, eh Alfonso?

-No me sigan preguntando y canten la *Marcha del Veintiséis de Julio*.

Llegamos a nuestro destino casi a media tarde. Estábamos frente a un edificio con puertas y ventanas de cristal; nuestra algarabía atrajo la atención de los empleados que se asomaron asustados sin atreverse a protestar cuando Bracamontes empezó a remover el cartel de letras anaranjadas sobre fondo verde que anunciaba la existencia allí de una sucursal de la Cuban

Electric Company. Unos hombres golpearon con mandarrias el tubo de sostén derribando el cartel y entonces Bracamontes alzó su voz, una voz que todavía hoy recordamos como distinta a todas las voces de entonces en nuestro pueblo.

–¡Ahora, cantemos el *Himno Nacional!* –ordenó.

Al regreso de aquel viaje después de haber oído el discurso de Bracamontes, nuestros padres fueron contando a retazos la historia sobre la muerte del Viajante; escuchando sus comentarios, saltando por encima de aquellas palabras pronunciadas por ellos cuyo significado desconocíamos, inventando fragmentos que los mayores no dijeron por pudor o por desconocerlos, reconstruimos el final de un hombre cuya mayor ofensa, considerábamos nosotros, fue haber asegurado que el pueblo tenía sus límites entre un cubil de víboras y un nido de putas, refiriéndose de tal forma al antiguo cuartel de la guardia rural y al ballú del barrio La Candela.

El día de su muerte el Viajante ya andaba al borde de la borrachera, algo habitual en él durante los últimos tiempos en que apenas saludaba a nuestros padres. Ahora frecuentaba el bar del Sótano y allí entre partidas de billar consumía unos cuantos vasos de ron volviéndose discutidor. Por divertirse empezó a amenazar con el taco al coime del billar, tocándole la cara con sus dedos gelatinosos de borracho llamándolo *vidita mía* con voz aflautada, mojándolo con una saliva viscosa y maloliente a tabaco mientras lo ofendía con palabras obscenas. El coime, un muchacho de poca edad, se encontraba a la defensiva.

–Por favor, señor, dedíquese a su juego.

El dueño del bar no le hubiera perdonado al jovenzuelo que ahuyentara a uno de sus mejores clientes. Como él lo sabía, trataba de escapar hasta un rincón.

El Viajante insistía.

–Mira qué cara de mariconcito tienes.

La ofensa marcó el límite del drama. El muchacho, olvidando el temor a la cesantía empujó al Viajante contra la mesa del billar y al advertir que

alzaba el taco con intenciones de golpearlo, tanteó encima del tapete verde sin mirar y el mingo vino a pegársele en la mano. Alejándose un poco llevó su brazo más atrás de la cabeza en busca de impulso y en el preciso instante que el taco comenzaba a descender el mingo inició una trayectoria cuyo primer impacto fue contra la calva del Viajante y de rebote golpeó una de las paredes del bar del Sótano clavándose momentáneamente en el pelo de Zulema la Endemoniada, quien lucía un exótico peinado que casi llegaba al techo, para detener su carrera en las nalgas de la China Fernández.

El Borracho, desde su puesto en los bajos del hotel La Gaviota, al escuchar la algarabía eructó con violencia gritando una frase premonitoria.

-Tenemos otro cadáver en el pueblo. Y *fuácata*.

En ese instante Nene la Bestia le estaba cerrando los ojos al Viajante.

(8)

Aquel mismo año clausuraron el ballú del barrio La Candela y nunca pudimos conocerlo con mujeres adentro, saber de sus interioridades, acostarnos con Zulema la Endemoniada ni con la Alacrana, lo que según Alfonso él sí había hecho. Al principio le creíamos, envidiosos. Después comprendimos que se trataba de una copia de los cuentos que le escuchaba al Tamalero.

Jugábamos al parchís en la mesa del comedor y mientras tanto escuchábamos los comentarios de nuestros padres.

-¿Qué te parece la intervención del taller de mister Keller?

-¿Es cierto que el americano se fue en el mismo avión que Juan Ambrosio?

Deteníamos el lance de los dados encima del cartón con cuadros de colores para tratar de aclarar nuestras dudas.

-¿Qué es la intervención, eh Alfonso?

-¿Por qué botaron al cura del pueblo, eh Alfonso?

-Acaben de tirar los dados y no me hagan más preguntas.

Entre las discusiones por una ficha mal colocada y los razonamientos de Alfonso que no nos convencían, ensanchábamos los conceptos sobre el mundo gracias a las conversaciones de nuestros padres mezcladas con las noticias y la música de un viejo radio de pilas que escuchaba Gerardina mientras fregaba las vasijas de la cocina. De esta manera, Brasil se abría ante nosotros como la lucha contra la selva; Colombia y Panamá eran la cumbia bailada con golpes de chancletas; Quito nos llegaba con el ruido de la estática a través de la Voz de los Andes. Nuestros padres también mencionaban otro país ignorado por nosotros hasta ese momento, el cual nos lo representábamos como un lugar donde nunca dejaba de nevar. Rusia era el nombre que primero repetíamos, después supimos que debíamos decir Unión Soviética. Nuestros padres manifestaban la esperanza de que este país nos defendería de Estados Unidos.

-Los Estados Unidos están contra las intervenciones, ¿eh Alfonso?

-¿Tú crees que la Unión Soviética nos defienda, eh Alfonso?

-Déjense de preguntar y acaben de caminar los diez pasos con la ficha roja.

Las conversaciones de nuestros padres también nos daban a entender que algo no funcionaba bien en el pueblo y queríamos saber por qué existían aquellos problemas.

-¿Bracamontes tendrá la culpa, eh Alfonso?

-Atiendan, que voy a lanzar los dados.

El juego del parchís resultaba interminable; prácticamente sólo lo suspendíamos para ir a clases. En la escuela de doña Remigia, durante los recesos, Alfonso trataba de obtener un refresco del aparato de Coca-Cola echando arandelas que recogíamos en el taller donde trabajaban nuestros padres.

-¿Esas cosas están bien hechas, eh Alfonso?

-No sean imbéciles. Si siguen preguntándome la conserje se va a dar cuenta.

Entramos al aula. Doña Clara anunció de mal talante que examinaría matemáticas y Alfonso comenzó a inquietarse, a revolverse en su asiento, a pedirnos ayuda sin hablar.

-¿Quién me dice cuánto es nueve por ocho menos tres?

El otro mellizo fue el primero en levantar la mano. Doña Clara desvió su mirada traicionera hacia Alfonso y la voz le salió como un trueno.

-¡Usted!

Alfonso miró hacia el techo, como contando las tablas podridas del cielo raso mientras la nariz comenzaba a enrojecérsele. Los ojos de doña Clara nos vigilaban a todos, impidiendo cualquier tipo de ayuda. Alfonso dejó de hurgar en el cielo raso, convencido de que allí no encontraría la respuesta.

-Noventa y seis.

El correa cayó contra las espaldas de Alfonso, inmisericorde y alevoso. A la hora de la salida comenzamos a burlarnos de él.

-Alfonso, burro.

-Alfonso, ñame.

-Alfonso, tronco de yuca.

La algarabía terminó cuando nos alejamos de los límites de la escuela, muy cerca del arroyo que debíamos cruzar, porque allí Alfonso nos estuvo apedreando durante un rato mientras nos mentaba la madre. El que se defendiera tendría que chocar con sus puños. Nosotros no le temíamos tanto a sus golpes como a los apodos que nos diría al día siguiente.

(9)

Aquella mañana llegamos a la escuela y una gran cantidad de personas rodeaba el edificio. En la puerta de entrada doña Clara lucía imperturbable mientras la conserje se lamentaba de vivir en un mundo donde sólo morían las personas buenas. Alfonso se abrió paso con auxilio de los codos repartiéndole palmaditas en la espalda y sonrisas de picardía. Al regreso los ojos parecían jubilosos.

-Murió doña Remigia.

El maestro Argileo que por favor atendieran. Se frotó la cabeza carente de pelos con un pañuelo y retirando el tabaco de su boca nos habló del heroísmo que significaba consagrar la vida al magisterio.

-Ya está hablando basuras, ¿eh Alfonso?

-Cállense y oigan.

Dijo que moría la educadora más antigua del pueblo, la que había enseñado las primeras letras a nuestros abuelos. Muchos no comprendimos todas sus palabras.

-¿Tú lo entendiste, eh Alfonso?

-No.

Pensábamos que tendríamos el día libre para dedicarlo al juego del monopolio, el que nos daba la ilusión de manejar grandes fortunas, propiedad de solares en calles norteamericanas y hoteles de lujo en Baltimore. Cuando nos cansáramos de lanzar los dados, cobrar los doscientos dólares al pasar por salida y leer las tarjetas de casualidad, tendríamos a nuestra disposición la sombra de la mata de mangos o los muñequitos de Tarzán y Los Halcones Negros que andaban por los cajones del cuarto. Sin embargo, cuando llegamos a nuestras casas y escuchamos hablar a nuestros padres comprendimos que nos habíamos equivocado.

-Se están acabando los buenos maestros.

-A los muchachos hay que tratarlos a correazos como hacía doña Remigia.

-Tenemos que ir a su velorio.

Nos llevaron de regreso a la escuela enfundados en los antiguos trajecitos con que íbamos a las misas del cura Juan Ambrosio, y allí nos paramos por turnos al lado de la caja. Algunos se atrevieron a mirar la cara de la muerta.

-¿Es verdad que era calva, eh Alfonso?

-Era más fea que un sijú y estaba más arrugada que el tasajo de Montevideo.

Al día siguiente bien temprano la banda municipal fue entonando por la calle principal una marcha fúnebre desabrida. El duelo lo despidió el doctor Cárdenas empleando frases difíciles de comprender.

-¿Qué quiere decir virginidad, eh Alfonso?

-¿Qué quiere decir Alma Máter, eh Alfonso?

-¿Qué quiere decir ejemplar, eh Alfonso?

-Yo no soy adivino. Y no me sigan preguntando.

Al final amarraron la caja con unas sogas y dos hombres la bajaron al hueco oloroso a tierra fresca sin ninguna dificultad, como si no pesara nada, mientras la banda tocaba una canción triste que nos recordaba las retretas de los domingos en el parque.

-¿Qué canción es, eh Alfonso?

-No sé ni me importa.

(10)

La muerte de doña Remigia provocó de inmediato el cierre de la escuela; la casa fue habitada por unos parientes lejanos y cada vez que pasábamos por allí mirábamos con nostalgia hacia aquel edificio gris a punto del derrumbe. Desde su interior salían unos muchachos mayores que nosotros, provocadores, con los puños amenazantes.

-Les tienes miedo, ¿eh Alfonso?

-Mierda.

Desde que habíamos comenzado a asistir a la escuela pública, Alfonso repetía con más frecuencia las malas palabras. Durante los recesos, se mantenía alejado de nosotros jugando a las bolas con los de sexto grado y aprendiendo de ellos sus poses guapetonas de niños con pretensiones de hombría. Sólo se nos acercaba para ofendernos.

-Ten cuidado conmigo, esqueleto, que te parto la vida.

-Oye, gallina, a que te obligo a limpiarme los zapatos con la lengua.

A las hembras tampoco las respetaba.

-Nalga de pollo, cópiame la tarea de Geografía.

-Calabacita, dame tu libreta de Lengua Española.

A todas las hembras, menos a una.

-Violeta, hazme el favor de prestarme tu libro de Biología.

La mayoría estábamos contentos con el cambio de escuela, pues a pesar de que el aula donde ahora el maestro Argileo nos daba clases tenía las tablas podridas y nos mojábamos cuando llovía, en el patio de tierra podíamos correr a nuestros antojos durante los recreos, sin la amenaza de la correa de doña Remigia.

Violeta en cambio no se sentía conforme.

-El año que viene me van a matricular en la academia Chandler.

Discutíamos con ella y Alfonso se mantenía alejado.

-No seas estúpida: en esta escuela los maestros no nos pegan.

-Y allá tienen una correa como la de doña Remigia, que en paz descansa.

-No me importa, allá enseñan el catecismo -argumentaba Violeta.

Nos acercamos a Alfonso con muchas dudas porque él no sólo era amigo de los de sexto grado, sino también del Tamalero, que conocía al pueblo y su gente; él nos miró desde la altura de quien posee verdades infalibles.

-La academia Chadler es la mejor escuela.

(11)

Desde que nos trasladaron para la escuela pública abandonamos definitivamente el juego de monopolio y nos dedicamos por entero a leer los muñequitos de Tarzán, los Halcones Negros y Supermán. En sus escapadas hacia los lugares alejados, Alfonso había conocido a un muchacho de la academia Chandler que tenía grandes cantidades y empezamos a cambiárselos por los nuestros a razón de uno por uno.

-¿Cómo se llama el muchacho, eh Alfonso?

-Gerardito.

-¿Ya le pusiste apodo?

-Estoy buscándolo.

Alfonso nos enseñó la manera de aumentar la cantidad de muñequitos. Cuando íbamos a la casa de Gerardito, éste colocaba en el portal las cajas de cartón donde guardaba los suyos; mientras Alfonso lo entretenía contándole sobre las broncas de nuestros hermanos mayores en los portales del bar París contra unos que se vestían con abrigos de cuero en cuyas espaldas estaban dibujadas unas aves en pleno vuelo de color negro, nosotros escondíamos uno de sus muñequitos dentro del que íbamos a llevar a cambio del que escogiera Gerardito.

De regreso a la casa indagábamos con Alfonso la causa de las peleas de nuestros hermanos contra los llamados Halcones Negros del bar París.

-Los Halcones quieren oír discos de Elvis Presley y de Paul Anka en el traganíquel.

-¿Qué hacen nuestros hermanos, eh Alfonso?

Entonces él gesticulaba contándonos lo que decía haber visto, de tal manera que era como si estuviésemos mirando a nuestros hermanos aferrados a la ranura tragamonedas y al aparato vapuleado por uno y otro grupo; el dueño del bar, un viejo calvo que también tenía un hotel llamado San Gregorio frente al ferrocarril, trataba de calmar a los contendientes con lágrimas en los ojos y las manos en la cabeza.

Como una película del matiné de los domingos en el cine Martí. Nuestros hermanos, retadores, los provocaban.

-Atrévase a acercarse si son tan Halcones Negros como dicen.

Ellos, resoplando rabiosos, retrocedían un poco. Eran menos que nuestros hermanos.

-Somos más hombres que ustedes.

Fue el detonante necesario para que comenzara el avance de nuestros hermanos mayores, sin abrigo pero orgullosos, seguros de vencer a los hijos de la gente más respetada del pueblo. El doctor Cárdenas, el antiguo alcalde, el que había sido gerente de la Cuban Electric Company, el dueño del hotel La Gaviota, el propietario del bar Modelo y unos cuantos más. Nuestros hermanos permanecían firmes, seguros de resultar vencedores, porque contaban con el apoyo de Bracamontes.

De esa manera, antes de que los vestidos con abrigo lograran introducir una sola moneda en la ranura del tragapelo, ya los halcones de las espaldas empezaban a borrarse manchados por el fango que se formaba en el piso por las lloviznas de febrero mezcladas con el polvo.

-Nuestros hermanos tienen la razón, ¿eh Alfonso?

-Si ustedes lo dudan es porque no tiene los huevos bien puestos.

Cuando llegábamos a la casa nos olvidábamos de nuestros hermanos y leíamos los muñequitos. Mientras más conocíamos a Chita y a Juana, más admirábamos a Tarzán y despreciábamos a los indígenas africanos porque se comían a los blancos; estábamos convencidos de que Superman era invencible.

-¿A quién se parece Juanita Casualidad, eh Alfonso?

-Es linda como Violeta.

(12)

Estábamos dentro del aula atentos al maestro Argileo quien nos contaba con su conversación amena sobre la guerra de independencia y de pronto comenzó un toque de sirenas en todo el pueblo. Como nuestros padres estaban aprendiendo a manejar los fusiles que hacía poco habían bajado de un camión en el antiguo cuartel de la guardia rural, algo sabíamos de lo que iba a suceder.

Oímos un grito desde la calle.

-¡Están atacando por Playa Girón!

Empezamos a salir al patio sin que ningún maestro intentara impedirlo. Los comentarios nos llegaban fragmentados; unas veces se trataba de simples invenciones de alguien que pasaba corriendo por la portada de acceso a la escuela en busca de los hijos; otras era una versión sobre las noticias escuchadas en el radio.

-El ataque empezó por una base aérea que hay en San Antonio de los Baños.

-Están desembarcando.

-Ya los milicianos le están tirando a los barcos y dicen que hundieron el primero.

-A tu papá lo vi en un camión que iba por la carretera.

La guerra. La guerra vivida de cerca, en nuestras casas, con nuestros padres uniformados. No queríamos la guerra, porque no queríamos que mataran a nuestros padres. El maestro Argileo al parecer comprendió estas zozobras de niños que ya saben el peligro de las balas y habló entre paternal y autoritario.

-La patria necesita el sacrificio de sus hijos.

Organizó un grupo numeroso entre los que no se iban a sus casas con las madres y salió con ellos por las calles del pueblo gritando vivas a Cuba libre y a la Revolución. Entre nosotros iba Violeta, aunque sin acompañar los vivas ni participar de la algarabía al compás de golpes contra latas y pedazos de hierro. Evitaba los fangueros de las calles con ademanes exagerados, y

cuando el sudor comenzó a correrle por el cuerpo no pudo contener sus protestas. El otro mellizo y Alfonso estuvieron a punto de fajarse.

-Oye, Violeta, si no te gusta estar con nosotros acaba de irte.

-Eh, qué te pasa a ti, gallina -dijo Alfonso-. No la trates así.

Llegamos frente al antiguo ayuntamiento y allí había congregada una multitud que gritaba consignas como nosotros. También muchos pasaban indiferentes y apresurados, sin apenas comprender qué estaba sucediendo.

En el balcón del antiguo ayuntamiento había muchos hombres, pero se destacaban dos que nos llamaban la atención. Uno de ellos, vestido con un traje de color claro, corbata brillante y el pelo reluciente por la grasa; el otro, de pequeña estatura, vestía uniforme del ejército y dos estrellas doradas adornaban las puntas del cuello. Ambos nos hablaron desde lo alto.

-¿Quién es el de las estrellas, eh Alfonso?

-Bracamontes.

El acto terminó casi a media tarde, y disponíamos de mucho tiempo antes de regresar a las casas. Nuestros padres seguían en el cuartel, aunque algunos viajaban en camiones hacia los lugares donde se combatía. Nuestras madres, ocupadas en la cocina, no sabían que andábamos fuera de la escuela.

-¿Dónde vamos, eh Alfonso?

En ese instante se nos acercó el Tamalero, quien ya nos trataba a todos igual que a Alfonso.

-Vamos al San Gregorio.

-¿Qué hay allá?

-Putas.

Después de discutir con los más temerosos, decidimos caminar en dirección contraria a nuestras casas. Al fin conoceríamos al pueblo de verdad, empezando por uno de sus límites en el barrio La Candela.

Cuando llegamos a la zona comercial comentamos que el Viajante había sido injusto en sus apreciaciones. El bar París no tenía cabillas oxidadas a las que le tiraban lonas viejas encima.

-Si está sucio, debe ser porque nuestros hermanos se fajaron anoche con Los Halcones Negros, ¿eh Alfonso?

-No sean comemierdas. Ya Los Halcones Negros no existen.

Tampoco el hotel La Gaviota parecía un barracón; lo sostenían seis recias columnas y en el portal los viejos hablaban en voz alta sobre peloteros y boxeadores. Nos detuvimos un momento para observar a un hombre de barba canosa y traje remendado que gesticulaba mientras bebía cerveza. Cuando preguntamos de quién se trataba, Alfonso guardó silencio.

-Sigan caminando y no lo miren -dijo el Tamalero-. Es el Loco.

La cafetería Asia sí era una fonda de paredes sucias y hedores insoportables. De su interior salió un hombre empequeñecido por su postura encorvada y caminar columpiante. Levantó la cabeza mirándonos de uno en uno.

-¿Y ese quién es, eh Tamalero?

-El Borracho.

El hombre dejó de mirarnos a la cara y continuó su camino gritando.

-¡Esto ahora sí se jode! -decía-. ¡A los americanos no se les puede ganar!

Al pasar frente al parque ya el Loco había ocupado uno de sus bancos y repetía una y otra vez la misma idea.

-Se apagará el Sol dentro de dos semanas porque me lo dijo Pepito Manresas por teléfono.

Volvimos a detenernos frente al macizo portón de la iglesia, cuya aldaba de bronce lucía desgastada, la falleba daba señales de abandono y las tablas antes relucientes ahora parecían mordidas por un salitre inexistente en el pueblo. Por ese portón entrábamos cuando más pequeños para escuchar los sermones de Juan Ambrosio, temerosos de la ira de Dios. Ahora iban entrando por un costado de la iglesia tres ancianas muy viejas, que se asustaron al vernos y se apuraron en entrar.

Comentamos las costumbres que aún conservaban nuestras madres a pesar de no haber entrado nunca más a la iglesia ni ir a consultar como

antes al espiritista de Las Mercedes Cundo Ñepalengo. Ponían escobas detrás de las puertas para que se fueran las visitas indeseables. Quemaban tarros con la esperanza de conjurar el viento en días de tormenta. Lanzaban puñados de sal contra el aire cuando las nubes se oscurecían en horas de la mañana porque si llovía no podrían lavar la ropa sucia. Aseguraban que la caída de una cuchara era señal de que llegaría un desconocido.

-¿En tu casa es igual, eh Tamalero?

-Vamos a seguir.

Llegamos al barrio La Candela cuando el Sol era un disco rojo en la lejanía. Frente al hotel San Gregorio un hombre alto, vestido con pantalón de dril, guayabera de hilo y sombrero de paño, se movía entre quienes anunciaban a gritos la salida de máquinas hacia todos los lugares cercanos al pueblo, desde Las Mercedes hasta La Margarita. El hombre los apartó con los codos, mirando hacia la estación del ferrocarril como si esperase a alguien y comenzó a prender un tabaco.

-¿Quién es ese tipo, eh Tamalero?

-El chulo de Zulema la Endemoniada.

-Vámonos, que ya es tarde -dijo Alfonso asustado.

(13)

Los sábados comenzábamos el día más tarde que de costumbre, con la alegría de no vernos obligados a permanecer en la fila, siempre en el mismo lugar; quedábamos libres de los regaños de los maestros y las palabras enardecidas de Argileo llamándonos a cumplir con el deber de estudiar. Los sábados los disfrutábamos completos, desde el momento que apurábamos el último trago de café con leche mientras Alfonso y el otro mellizo comenzaban a trazar las rayas debajo de la mata de mangos para jugar al tejo.

-Vamos a discutir la salida.

-Yo soy el primero.

-Usted es un burro.

Así empezaban nuestros sábados, con las ofensas de Alfonso copiadas de Justino Marcial, que se había aficionado a visitar nuestras casas para jugar al dominó con nuestros padres.

El primer lance del pedazo de goma hacia los cuadros dibujados en la tierra ya era el inicio de nuestras eternas discusiones. Unos opinaban que había caído justo en la división de las casillas uno y dos; otros consideraban que en esa zona Alfonso había exagerado el trazo y el grueso de la línea no resultaba normal. Todos alzábamos la voz. Todos creíamos tener la razón. Desde el fregadero oloroso a fango Gerardina nos llamaba la atención, amenazándonos con decírselo a nuestros padres cuando llegaran del trabajo.

Jugábamos tranquilos un rato, sin apenas ofendernos; acaso, un apodo ocasional dicho por Alfonso o una mala palabra casi susurrada en los oídos a manera de jarana cuando no acertábamos el lance y el tejo chocaba contra una piedra saltando en carrera indetenible hasta las raíces sobresalientes de la mata de mango.

-Usted es un burro.

A Alfonso le gustaba repetir la frase predilecta del padre de Justín; a este último no lo conocíamos aunque sabíamos que era el director de una orquesta.

-¿Cómo se llama la orquesta, eh Alfonso?

-Rítmica del Son. Y no me distraigan, que voy por el seis.

-Vas por el cinco.

-Voy por el seis.

Apenas la discusión subía de tono, Gerardina se asomaba a la puerta de la cocina y simulábamos tranquilidad. Aquí no pasa nada. Nadie quiere fajarse. No hubo mentadas de madre. Todos somos amigos.

-Si siguen con el escándalo se van del patio.

Alfonso esperaba a que Gerardina diera la espalda para enseñarle la lengua y mirarla con ojos de bizco. El otro mellizo se le encaraba, acusándolo de atrevido y falta de respeto. Alfonso llevaba las manos al nivel de las entrepiernas, burlón y amenazante.

-Usted es un burro.

De esa manera, a cada instante recordábamos a Justino Marcial, cuya frase preferida había sido pronunciada por vez primera cuando Genurio, el jefe del taller que le intervinieron a mister Keller, le ordenó al padre de Alfonso y del otro mellizo arreglar la única guagua que circulaba en nuestro pueblo, saliendo desde el hotel La Gaviota cada dos horas exactas a partir de las seis de la mañana y luego de dar una extensa vuelta por el barrio La Candela iba a detenerse un rato frente al hotel San Gregorio regresando de nuevo hasta La Gaviota.

El padre de Alfonso, después de escuchar el funcionamiento de la guagua, le pidió a Genurio un juego de aros. Justino Marcial, quitándose la gorra de chofer y gesticulando con exageración, se encaró al padre de Alfonso.

-No sea usted burro. Esa basura está fundida.

Gracias a la intervención de los restantes mecánicos, los dos tiraron bien lejos el pedazo de hierro que tuvieron durante largo rato en las manos mientras se ofendían de la peor manera. Entonces Genurio adoptó una decisión mediadora: si al cambiarle los aros no se resolvía la falta de fuerza del motor, le cambiarían los metales al cigüeñal.

Aburridos del tejo nos retábamos al juego de bolas y en el acto aparecían las bolsas de tela o las medias viejas dentro de las cuales

tintineaban las esferas de colores tan maltratadas que, cuando las íbamos colocando en la tierra protegidas por el círculo irregular trazado por Alfonso, alguno protestaba.

-Esa amarilla no sirve.

-No sea usted burro.

Alfonso siempre quería ser el primero en lanzar hacia las bolas depositadas dentro del círculo por todos, tratando de esa manera de llevar la ventaja; por tal motivo, esgrimía argumentos, razones, leyes inventadas por él. El otro mellizo a veces se le enfrentaba con métodos parecidos a los suyos.

-No sea usted burro.

En ningún momento nos librábamos del recuerdo de Justino Marcial, ni cuando hacíamos un alto en nuestros entretenimientos para comer un caramelo o un dulce; entonces comentábamos los cuentos que él les hacía a nuestros padres mientras jugaban al dominó.

Justín era el mejor director que había tenido la Rítmica del Son, eso que nadie lo dudara. Hasta que intervinieron el Club de los Rotarios fue la única orquesta contratada cada domingo para tocar tres tandas de canciones en su salón de bailes. También los empleaban algunas veces en el hotel La Gaviota y en el bar Modelo, y no había fiesta de quince de gente con dinero donde no fueran llamados a tocar.

Nos poníamos de pie. Nos sacudíamos los fondillos. Estábamos emocionados. Nuestra casa la visitaba el padre de Justín, el director de la mejor orquesta del pueblo.

-¿Tú crees que sea la mejor, eh Alfonso?

-Mierda. Los ricos se reían de Justín porque es un negro bembón.

(14)

Después del almuerzo continuamos jugando a las bolas. La media donde Alfonso iba guardando las suyas crecía exageradamente, y nosotros apenas teníamos unas pocas.

Lanzábamos la bola lo más lejos posible de la raya con el objetivo de ser los últimos e imponer ciertas reglas que limitaran las ganancias de Alfonso.

-El que no haga una cruz al lado de la bola antes de tirar, pierde.

-El que caiga en la orilla, está ahogado.

-Si la bola no suena, no está muerta.

Alfonso se reía con su risa socarrona. Provocativo, en una oportunidad nos advirtió:

-Les voy a hacer virolla.

A las virollas sí les temíamos. Él tenía unos zapatos con unas suelas agujereadas por donde entraban las bolas y cuando nos dábamos cuenta, ya había corrido hasta el centro de la calle y allí se quitaba los zapatos para echar a correr. Nunca nos devolvía las bolas ni aunque lo amenazáramos con decírselo a Gerardina.

Continuamos apostando las escasas bolas que nos quedaban mientras escuchábamos al padre de Justín, quien entre lance y lance de las fichas de dominó se jactaba de haber conocido al Loco cuando éste era un pordiosero de ropas remendadas que se dedicaba a recoger pedazos de cigarros del suelo.

Una mañana de diciembre, Justino trataba de espantar el frío en el portal del hotel La Gaviota en compañía de unos amigos bebiendo ron. Discutían sobre el posible resultado de la pelea revancha entre Jersey Joe Walcott y Rocky Marciano y a pesar del escándalo entre ellos, Justino escuchaba las órdenes extraviadas de un individuo con bigotes postizos y vestido con uniforme de policía que impartía instrucciones de tránsito, ofendía a un enemigo imaginario, extraía de la cintura un revólver inexistente y con él disparaba hacia los cuatro puntos cardinales. En el instante que disparó hacia el sur, apareció por ese rumbo un hombre de una

delgadez exagerada con una lata oxidada entre las manos; diariamente entraba a la cafetería Asia y allí alguno de los chinos le regalaba un poco de café con leche turbio y azuloso.

El fingido policía le ordenó al hombre detenerse. Su voz era asesina.

-¿Qué buscas ahí?

-Mi desayuno.

-Te dije ayer que no volvieras.

-Teniente, tengo hambre.

Era evidente que el hombre se hallaba aterrorizado. Quienes bebían en el portal de La Gaviota se pusieron de pie. Divertidos, conminaban al supuesto policía a agredir al otro.

-¡Métele un tiro, teniente!

Los que bebían en el bar París bien pronto se involucraron en la chanza, apostando a favor del contrincante del hombre vestido con traje de policía.

-¡Defiéndete con la lata!

El policía de mentiras, envalentonado por el bullicio de los bebedores del bar París y del hotel La Gaviota, y por la actitud sumisa del su prisionero en ciernes, le lanzó con golpe contra la cara con la mano abierta. Cuando alzaba el brazo por segundo vez, sintió que un objeto puntiagudo se le enterraba en el vientre y empezó a caer contra el pavimento. Tranquilo, el hombre de la lata limpió la hoja del cuchillo en su mugrienta camisa y fue a sentarse en una de las banquetas giratorias de la cafetería Asia, pidiéndole al chino que tenía frente a él, pálido y asustando, que le sirviera el desayuno.

-¿Será verdad que el del cuchillo es el Loco, eh Alfonso?

-Claro que es verdad. Justino Marcial lo sabe todo.

Cerca de la media tarde Alfonso comenzó a perder sus bolas. Habían llegado al patio los hijos del espiritista de Las Mercedes, quienes desde hacía un tiempo vivían en el pueblo; la puntería de ellos era más respetable que la de Alfonso. Nosotros mirábamos con cara de lástima cómo decrecía el tamaño de la media donde nuestro amigo guardaba sus bolas.

-Estás perdiendo, ¿eh, Alfonso?

-No sean burros. A los Espíritus me los gano yo.

El apodo lo decía en voz baja, casi con respeto, como si no olvidara que ellos conocían la Sierra Maestra y en cambio a nosotros nos habían puesto todas las objeciones imaginables meses atrás para que no fuéramos a alfabetizar con el maestro Argileo, y cuando les recordamos a nuestros padres que ellos habían estado en el antiguo cuartel aprendiendo a tirar con un fusil, nos silenciaron de una vez y por todas.

-Ustedes no saben limpiarse las nalgas todavía.

En cambio, los hijos del espiritista fueron a alfabetizar y regresaron con pelos en los bigotes y una autoridad en la voz que hasta a Alfonso atemorizaba. Decían que allá crecían unos plátanos más grandes que melones y el que se descuidara podía rodar hacia un hueco sin fondo. Desde entonces, Alfonso no les llamaba de frente Espíritus ni les preguntaba si el padre los había mandado al jardín de la China Fernández en busca de rompesaragüey, albahaca y vencedor.

Alfonso se agachó para depositar dentro del círculo las bolas que le quedaban. Nos fue mirando a todos sus amigos con cara de lástima, guardó la media vieja dentro del bolsillo del pantalón y sentimos rabia de que estuviera perdiendo. En ese instante llegó al patio el Tamalero, a quien llamábamos así por costumbre.

-¿Qué haces ahora, eh Juan Emilio?

-Estoy estudiando.

Alfonso le palmeó la espalda, pretextando sacudirle unas hojas secas de mango que no tenía e imitó la voz del padre de Justín.

-Usted es un burro.

A Juan Emilio le disgustaban esas jaranas.

-Acuérdate que te puedo hinchar la boca.

El otro mellizo se interpuso en los inicios de una pelea que nos hubiera gustado presenciar, porque comparábamos a Alfonso y a Juan Emilio con el falso policía y el hombre de la lata.

Juan Emilio traía unas bolas, pero no quiso jugar. A él le caían mal los hijos del espiritista y además, si jugaba podía ganarle a Alfonso.

-Tú no quieres que Alfonso pierda, ¿eh, Juan Emilio?

-No sean burros. El Tamalero no puede ganarme.

Nuestros padres continuaban enfrascados en lanzar las fichas del dominó, y de vez en cuando armaban discusiones más escandalosas que las nuestras por algún cierre imprevisto o por un doble cinco ahorcado. Así, quedábamos libres de los regaños de Gerardina y alentábamos a Alfonso a gritos.

-¡Tírale a la bola azul, Alfonso!

-¡Ten cuidado no te ahogues, Alfonso!

-¡Canta que se vale limpiar, Alfonso!

-¡No tires a la olla, Alfonso!

-¡Alfonso...!

De nada valieron nuestras advertencias. El mayor de los hijos del espiritista miró alternativamente la bola con que tiraba Alfonso y el círculo trazado en la tierra repleto de esferas de colores. Un sol tibio reverberaba sobre las superficies redondas, y pensaría que era más seguro atacar a un solo enemigo. Colocó su bola contra el índice doblado en arco, la impulsó con el pulgar violentamente y al golpear la bola de Alfonso, ésta lanzó destellos anaranjados.

Alfonso no estaba derrotado. Corrió hacia el grupo de bolas y de pasada sus manos se llenaron de tierra. Los hijos del espiritista lo persiguieron mientras todos gritábamos alborozados.

-¡Virooollaaaaa!

Salimos en estampida, dejando asombrados, boquiabiertos, alelados, a nuestros padres. Todavía discutían sobre alguna jugada criticable, un doble dos ahorcado, una ficha guardada por el compañero, y no advirtieron que nuestra carrera no formaba parte de las diversiones habituales.

Frente a la portada de acceso al patio de la escuela pública los hijos del espiritista alcanzaron a Alfonso. Lo agarraron por el cuello y luego de

apoyarlo contra el poste de la luz empezaron a golpearlo en la cara. Él les lanzaba patadas y se mordía la lengua para no contestarles la pregunta que le hacían cada vez que le pegaban.

-¿Vas a hacernos virolla otra vez, eh Alfonso?

-¿Vas a hacernos virolla otra vez, eh Alfonso?

La nariz de Alfonso comenzaba a agrandarse y sus orejas estaban amoratadas; el menor de los hermanos ya tenía una piedra puntiaguda en la mano cuando llegaron Juan Emilio y el otro mellizo; entre los dos hicieron huir a los hijos del espiritista.

De regreso a nuestras casas íbamos criticando a la gente del barrio que recogía hojas de albahaca y rompesaragüey en el jardín de la China Fernández por indicación del espiritista de Las Mercedes.

-Si ellos no fueran hijos del espiritista no hubieran podido ganarte, ¿eh, Alfonso?

-Compren un medio de hielo y llévenmelo a la cama.

Cuando le llevamos el hielo a Alfonso repartió entre todos las bolas que les había quitado a los hijos del espiritista.

(15)

Después de la intervención del Club de los Rotarios les llegó el turno a los colegios particulares. Como la escuela pública estaba en un estado lamentable empezaron los comentarios. Comentaban los maestros: en la academia Chandler hay espacio para todos. Comentaban los padres: si no van a cobrarnos, que los trasladen. Comentábamos nosotros: qué bueno, aquella sí es una escuela. Solamente Violeta no estaba conforme.

-Ustedes no merecen estar en un colegio como ese.

El otro mellizo, ofendido, le recordó que su padre había sido jardinero del doctor Cárdenas y ahora en cambio manejaba la guagua que iba hasta Las Playuelas y Vista Alegre.

-Porque es un hombre inteligente.

-Porque ya no necesita barrer las hojas secas del jardín del doctor.

-Comunista.

-Gusana.

Alfonso intervino en defensa de Violeta.

-No sea usted burro.

El otro mellizo no le contestó. Nos llamaban al patio, al área donde cada viernes nos reunían para el acto cívico. Sin embargo, ese día el maestro Argileo no nos hablaba de Martí ni de las guerras de independencia sino del lugar hacia donde nos trasladaríamos. Allí íbamos a encontrarnos con otros muchachos, acostumbrados a juegos diferentes a los nuestros y cuyos uniformes eran de una tela muy parecida a la seda.

El fin de semana no nos dedicamos a los entretenimientos habituales; ni siquiera recurrimos a los Halcones Negros ni a Supermán, libritos de muñecos en colores que aún nos llamaban la atención. Las madres revisaban los uniformes, por si algún botón había saltado de su sitio o una rotura requería de remiendo; retiraban con cuidado las planchas de las brazas de carbón y después de ensalivarse los dedos y comprobar al tacto la temperatura las limpiaban con un trapo marcado por trazas de quemaduras. Los padres no se cansaban de aconsejarnos.

-Pórtense bien.

Interrumpían las conversaciones que iniciábamos debajo de la mata de mangos.

-Allá van a encontrarse con los hijos del doctor Cárdenas.

Cuando se iban, aprovechábamos para enterarnos.

-¿Quiénes son, eh Alfonso?

-María Adriana y Gerardito.

Los padres volvían donde nosotros, preocupados, con la duda reflejada en sus rostros. Hoy no tenían ánimos para jugar al dominó y hasta Justino Marcial emitía opiniones.

-A los ricos hay que tratarlos con decencia.

Era, según él, la fórmula que había llevado al triunfo a su hijo Justín. Al quedar solos de nuevo, indagábamos, queríamos saber.

-Ya no hay ricos, ¿eh, Alfonso?

-Dice el Tamalero que sí.

Entre los preparativos de las madres, las preocupaciones de los padres y nuestros temores a enfrentarnos a la nueva escuela, las agujas de los relojes fueron girando inexorables hacia la derecha. Un gallo madrugador cantó. Amanecía un lunes y amenazaba lluvia; el aire olía a tormenta. A esta hora de seguro algunos padres de muchachos vestidos igual que nosotros comenzarían a echar abajo las tablas podridas de la escuela pública.

Llegamos frente al edificio de la academia Chandler a una hora tan temprana que todavía los vendedores de pan caliente y leche fresca pasaban en silencio sin pregonar la mercancía. Las paredes macizas y el techo de concreto nos recordaban las afirmaciones de Violeta.

-La academia Chandler sí es una escuela.

El patio, inmenso y rodeado de jardines, quedaba protegido por una cerca impenetrable, mucho más alta que el padre de Justín Marcial.

-Tremenda cerca, ¿eh, Alfonso?

-Cállense. Por allá vienen María Adriana y Gerardito. Los hijos del doctor Cárdenas despedían una fragancia que nos recordaba el olor de las

rosas del jardín de la China Fernández, el que acostumbrábamos a pisotear en busca de las pelotas perdidas por los batazos de Alfonso y el otro mellizo. Vimos sus uniformes relucientes, planchados con gran cuidado. Él vestía camisa blanca con unas mangas a punto de explotar por la presión de los músculos, y el pantalón brillante, como recién comprado. La blusa de ella permitía adivinar unos senos cual montañas y la falda corta posibilitaba admirar sus muslos parecidos a los de las artistas de las películas que veíamos en el cine los domingos.

Pasaron de largo, sin apenas saludarnos, como si hubieran olvidado que acostumbrábamos a intercambiar muñequitos de Tarzán y La Pequeña Lulú con Gerardito. Quizá estuvieran disgustados por haber descubierto que nos llevábamos un muñequito dentro de otro.

-¿Lo habrán descubierto, eh Alfonso?

-No sean comemierdas. Ellos son ricos.

Al sonido de una campana algo enronquecida comenzamos a pasar hacia el área de formación. Allí estaba el maestro Argileo, con las manos en los bolsillos y un tabaco en la boca, indicándonos el camino. A su lado, doña Clara nos observaba con la misma mirada biliosa de cuando revisaba nuestras orejas en la escuela de doña Remigia.

La señora Chandler ascendió hasta una pequeña tribuna de cemento y nos habló despacio. Era la directora de aquel lugar; antes era la dueña, ahora la directora, recalcó como con sorna. A su lado, en el suelo, los maestros miraban alternativamente hacia ella y hacia nosotros. Doña Clara sonreía, al parecer contenta de trabajar con ella. Argileo, serio, como rabioso de verse obligado a soportar sus palabras.

-El maestro siempre tiene la razón.

Doña Clara, en cambio, quedaría satisfecha con aquellas palabras.

Esa mañana nadie nos habló de Martí ni de las guerras de independencia. Entramos al aula mezclados con los uniformes fabricados de telas suaves al tacto. La pizarra era amplia y podía correr por una canal hacia arriba o hacia abajo; las primeras filas estaban formadas por sillas

individuales con brazos al costado para servir de apoyo a las libretas; las últimas filas eran de pupitres dobles traídos de la escuela pública. Alfonso intentó ocupar una de las sillas.

-Esa es de María Adriana.

Gerardito se desabrochó el primer botón de la camisa y miró a Alfonso desde la cabeza hasta los pies.

-Esa es de Jennys.

Alfonso intentó sentarse en otra silla.

-Esa es de Bundarián.

Cuando avanzó hacia una silla lejana coincidió con la intención de Violeta de ocuparla. Entonces ambos escucharon la advertencia de María Adriana.

-Esa es de Ana María.

Desistieron del propósito de sentarse en sillas con brazos al costado y caminaron hasta el fondo junto a nosotros, colocando sus libretas encima de los pupitres dobles. Cuando el maestro Argileo nos autorizó a sentarnos descubrimos que las rodillas chocaban contra las tablas de los pupitres. A las doce tocaron de nuevo la campana ronca; nos alegramos de que terminara aquella tortura de oler perfumes a los que no estábamos habituados y ponernos de pie a cada instante para descifrar los escritos de la pizarra.

Apenas salimos el cielo comenzó a pintarse de un color gris oscuro y los cirros perdieron sus filamentos convirtiéndose en elefantes hinchados.

Caminábamos deprisa vigilando de vez en cuando el cielo. Una negrura espesa cubría el pueblo y nosotros apurábamos más y más el paso. Los corazones latían a un ritmo acelerado.

-¿Tienes miedo, eh Alfonso?

-Apúrense.

Cuando enfrentábamos el jardín de la China Fernández los cúmulos giraron con violencia y una ráfaga de viento nos alcanzó tocando a aquella puerta de roble macizo ornamentada con filigranas de la propia madera.

La puerta se abrió y percibimos el olor de la albahaca y la ruda. En el acto miramos hacia arriba; una mujer sonriente, de cara arrugada y carnes extremadamente blancas, nos conminaba a pasar. Por vez primera veíamos a la China Fernández tan de cerca.

Las gotas densas chocaban contra las tejas y el aguacero se desprendió de golpe desde las nubes; apenas nos escuchábamos unos a otros y la China Fernández, a gritos, nos indicó que la siguiéramos hasta la cocina. Entonces descubrimos de dónde provenía el olor denso y asfixiante que habíamos percibido desde que la mujer nos abriera la puerta. Ella continuó frente a la hornilla repleta de carbón en llamas y mientras agregaba hojas a la candela, rezaba entre dientes una oración.

Alfonso, separándose un instante del grupo, fue a asomarse por una de las rendijas de la puerta. Regresó en el acto, despavorido, con la mirada asustada.

-¿Verdad que apesta, eh Alfonso?

-¡Granizo, coño, granizo!

No entendíamos el susto de Alfonso; en otras ocasiones habíamos jugado por las calles del barrio dejando que los pedazos de hielo nos rodaran por las espaldas desnudas.

La China Fernández se arrodilló frente al fogón y le vimos sus muslos en declive. Vestía una bata de casa cubierta de medias lunas azules y apenas se cuidaba de abotonarla. Dibujó una cruz de ceniza en el piso y luego de rezar una oración que hablaba de una virgen de los caminos empedrados, se puso de pie, miró por las rendijas de una ventana y con los ojos llorosos lanzó un grito.

-¡Ay muchachos, mi tomatera!

Cuando concluyó la tormenta salimos al patio y una capa de hielo cubría las matas de tomate recién nacidas.

(16)

La academia Chandler cambió su nombre por el de Hernán Hernández, un compañero de Bracamontes asesinado durante la guerra. En uno de los pasillos continuaba el aparato que invitaba a beber Coca-Cola bien fría; pero como ya no existían los refrescos de esa marca la conserje preparaba agua de azúcar con limón, llenaba las botellas y luego de taponarlas con auxilio de una tenaza las colocaba en las celdas del equipo.

Muy pocas veces alcanzábamos de las botellas que al destaparlas se les formaban agujas brillantes de hielo; tampoco lográbamos saborear con frecuencia los mantecaditos crujientes y abundantes de azúcar blanca en la concavidad del centro. Los de uniformes finos llegaban primero que nosotros a la fila y aseguraban estar cuidando el puesto de sus amigos.

-Aquí va Gerardito.

-Aquí va María Adriana.

-Aquí va Jennys.

-Aquí va Bundarián.

-Aquí va Ana María.

Sonaba la campana y los uniformados con ropa de caqui debíamos de guardar el dinero.

Varias semanas más tarde nos pareció que el abuso aquel debía acabarse. El otro mellizo depositó cinco centavos en la ranura del aparato y otra mano fue más rápida que la suya en llegar al hueco por donde salía la botella. Tampoco él fue muy lento, porque antes de que su refresco se perdiera entre quienes lo rodeaban atrapó aquella mano salida del tumulto y la sujetó con fuerza.

-Si eres hombre espérame a la salida.

Gerardito soltó la botella, mezclándose en el piso los trozos de vidrio con las pequeñas porciones de hielo.

Al finalizar las clases, mientras íbamos rumbo a nuestras casas Alfonso se burlaba del otro mellizo, acusándolo de saber que Gerardito no lo esperaba porque uno de los carros del padre venía a recogerlo.

-Le cogiste miedo a Gerardito.

-Te voy a meter.

El otro mellizo apresuró el paso y se fue delante de nosotros.

-Te iba a meter, ¿eh, Alfonso?

-La mano en la portañuela.

Al día siguiente, el otro mellizo nos llamó aparte durante el receso. Debíamos descubrir a quienes pintaban carteles con malas palabras en los baños, dijo. Cada viernes en el acto cívico la señora Chandler nos acusaba a nosotros de ser los culpables, pues esto jamás había sucedido en la época de la academia, aseguraba.

Francisco propuso darle una paliza a los sospechosos principales, o sea, a Gerardito y Bundarián. El otro mellizo se molestó.

-El asunto es descubrir a los dibujantes de carteles y decírselo al maestro Argileo.

Alfonso movió la cabeza en señal negativa.

-Eso es chivatería.

El otro mellizo volvió a incomodarse. Nos habíamos pasado un año gritando *abajo la gusanera* y ahora que teníamos una entre las manos nos daba miedo aplastarla, dijo con voz exigente y utilizando la forma de hablar del maestro Argileo.

Alfonso y el otro mellizo se volvieron hacia nosotros como buscando nuestro apoyo. No supimos a quién darle la razón y empezamos a dispersarnos poco a poco; entonces escuchamos al otro mellizo decir una palabra que debió haber sido pronunciada por Alfonso.

-¡Pendejos!

(17)

A pesar de las lluvias acudíamos cada domingo al parque bien temprano a esperar los camiones que nos conducían rumbo a los algodones. El otro mellizo y Minerva alardeaban siempre de ser los que recogerían mayor cantidad de sacos y todos los desmentíamos con frases de porfía. Todos menos Alfonso, que ladeaba la cabeza y los miraba indiferentes.

En el campo, el otro mellizo arrastraba el saco a una velocidad superior a la de nosotros. Sudados, nos deteníamos a mirar el movimiento rítmico de las caderas de Minerva y los senos en franco crecimiento bajo el pulóver ajustado. Mientras se alzaba en puntas de pie para alcanzar las motas de algodón ofreciéndonos cual dos manjares afrodisíacos aquellas protuberancias posteriores, recordábamos que desde hacía varias semanas atrás en diversas oportunidades habíamos descubierto al despertar las sábanas húmedas, y cuando hacíamos un esfuerzo mental veíamos de nuevo a Minerva, desnuda por completo, caminando por las vías del sueño. Minerva convertida en la China Fernández quien a su vez se transformaba en Zulema la Endemoniada. Una mujer soñada con la cabeza de la primera, el tronco de la segunda y las extremidades de la última.

-Está buena Minerva, ¿eh, Alfonso?

-No me gusta. Mejor están Violeta y María Adriana.

-Pero ellas no vienen a recoger algodón.

-¿Y eso qué importa?

Al regreso todos tratábamos de sentarnos al lado de Minerva, el vaivén del camión nos ayudaba a disimular nuestras intenciones de sentirla más cercana. La mayor parte de las veces debíamos conformarnos con viajar al lado de Jennys o de otra cualquiera porque Minerva prefería al otro mellizo.

Alfonso se apartaba del grupo. Iba en una esquina del camión dejando que el viento jugara con su pelo y mirando a la distancia. Sus ojos fabricaban la imagen de Violeta.

(18)

¡Qué bien la pasábamos debajo del bombillo de la esquina, protegidos por la penumbra del lugar! La luz apenas llegaba al suelo con reflejos opacos y debíamos hacer un esfuerzo para observar el rostro de quien estuviese hablando. Era importante mirar la cara de aquel que relatara una historia escuchada a alguna persona mayor, rememorara un hecho sucedido junto a nosotros o contara algo de lo que no fuimos testigos; era importante mirar la cara porque acostumbrábamos a exagerar cuanto pasara por nuestra imaginación, y no habíamos aprendido como nuestros padres a disimular: si alguien nos miraba, el brillo de los ojos se opacaba o una sonrisa pícaro salía sin poderlo evitar. Nunca mentíamos: sólo que padecíamos del mal de transformar las verdades.

Debajo del bombillo soñábamos con ser mayores. Debajo del bombillo alardeábamos de nuestra hombría. Debajo del bombillo conversábamos los temas que frente a los mayores no nos hubiésemos atrevido a abordar. Debajo del bombillo de luz amarillenta aquella noche, la primera noche del final del curso, repasamos con cuidado nuestras vidas.

La crisis de octubre apenas la recordábamos por dos palabras: *tavárich* y *pitirisas*, aprendidas del viejo de ropas mugrientas que sentado en un banco del parque engullía la comida de unas latas herrumbrosas. Era un anciano grueso, de piel blanquecina y ojos de una tonalidad azul jamás vista en persona alguna del pueblo. Acostumbrábamos a observar cómo caminaba de un lado a otro, pidiendo cinco centavos para beber café en un lenguaje formado por palabras y gestos. Lo veíamos con frecuencia cuando íbamos rumbo a la escuela y no nos extrañaba su hablar un tanto incomprensible.

El Loco lo provocaba desde lejos y el viejo no dejaba de masticar.

-Retírese de mis aposentos, marqués.

El anciano permanecía inmune incluso a las ofensas.

-Usted es homosexual, marqués.

Sólo dejó de comer en una oportunidad, provocado por nuestras burlas. Ya Gerardito y Bundarián se juntaban con nosotros, aunque manteniéndose

algo separados del grupo, y se pusieron de acuerdo con Alfonso para sacar de la pasividad al viejo.

Formamos dos coros, uno situado cerca del portal del hotel La Gaviota dirigido por Alfonso y otro cercano a la iglesia que mandaba Gerardito.

El viejo se llevó la cuchara a la boca. Desde la esquina de La Gaviota lo sorprendió el primer ataque.

-¡*Pitirisa!*

Fue como si un golpe contundente hubiese aplastado la mandíbula de aquel señor de mirada eternamente imperturbable. La palabra la había traído al grupo Gerardito, obtenida de un diccionario que decía tener en su casa.

El viejo intentó alzar su brazo en señal amenazadora y lo sorprendió la misma palabra desde un ángulo opuesto, ahora con la voz de Gerardito guiando las demás voces.

-¡*Pitirisa!*

Qué ofensa tan terrible le decíamos, sólo logramos entenderlo más tarde, cuando Gerardito nos reveló el significado de la palabra. Ahora exclusivamente descubrimos que el viejo no la toleraba, porque poniéndose de pie violentamente volcó las latas con la comida y se agachó en un cantero cercano sembrado de flores aromáticas. Las piedras volaban por encima de nuestras cabezas tratando de alcanzarnos mientras en carrera desordenada nos dispersábamos hacia la zona protegida por vidrieras y donde el viejo no se atrevía a disparar.

Por lo inútil de sus ataques se detuvo en la esquina de La Gaviota, agitado, la respiración anhelante y el rostro amoratado por la rabia. Apretó los puños al nivel del pecho y después de gritar palabras jamás escuchadas por nosotros nos devolvió la ofensa.

-¡*Pitirisas!*

El Loco apareció en ese instante por una de las esquinas del parque.

-Págueme los daños causados a la iglesia, marqués.

El viejo no tuvo tiempo de contestarle. Un jeep se detuvo junto a él y descendieron dos hombres rubios con camisas de cuadros. Conversaron entre ellos unos minutos, transcurridos los cuales los tres hombres, de un color de piel muy parecido, subieron al jeep. En el banco del parque quedaron abandonados un saco de color terroso y tres latas con comida. Nos acercamos a esos objetos pero no nos atrevimos a tocarlos.

Empezamos a alejarnos en dirección a la escuela. Alfonso aseguraba que uno de los hombres de camisa de cuadros había llamado *tavárich* al viejo. Gerardito discutía, negaba; decía tener sus razones.

-Era un agente ruso que iba a Estados Unidos cuando la Segunda Guerra Mundial y se equivocó de barco.

Gerardito sabía mucho de lo ocurrido en el mundo porque siempre estaba leyendo y no sólo muñequitos de El Llanero Solitario y Batman, también libros gruesos y de títulos que apenas entendíamos.

-Podiera tratarse de un asesino nazi.

Se expresaba con la misma terquedad característica de Justino Marcial, como si pretendiera ahogarnos con su sabiduría.

-Quizá sea algún príncipe ruso, descendiente de Catalina la Grande.

Al escuchar aquel nombre lo asociamos con Zulema la Endemoniada.

-¿Cuándo iremos a conocerla, eh Alfonso?

-Cállense y déjenme oír a Gerardito.

Allí debajo del bombillo todos queríamos hablar a la vez, comunicar nuestras experiencias, demostrar que ya sabíamos pensar. No siempre terminábamos las historias; a veces se trataba simplemente de una idea en ciernes o palabras ocasionales.

Violeta era una rubia muy hermosa, de cuerpo mejor formado que el de Minerva. Pero añoraba las vidrieras repletas de telas como antes y no iba con nosotros a los algodones.

-¿Y eso qué importa?

Nos mandaban a la farmacia en busca de penicilina para inyectar a la abuela atacada de infección en la garganta y allí encontrábamos a un señor

calvo, de mirada sonriente, que nos formulaba preguntas embarazosas para nosotros. Si iban a inyectar a una mujer, una mujer bonita, si tenía buenas nalgas, él la inyectaba. Y se reía dejándonos ofendidos. El Tamalero aclaraba nuestras dudas.

-Ese que ustedes dicen es el chulo de Zulema la Endemoniada.

También fuimos testigos del final de la orquesta Rítmica del Son escuchando las historias que Justino Marcial les hacía a nuestros padres mientras jugaban dominó. Aunque a la orquesta la habían invitado a grabar un programa en una emisora de La Habana y un empresario mexicano se interesó por contratarla durante seis meses para una gira por Mérida y Yucatán, el violinista no quiso continuar porque iba a contraer matrimonio, el flautista le dijo a Justín que si no le permitía beber un trago entre las tandas de canciones se iba definitivamente y el cantante pretendía adaptar unas composiciones de las que interpretaba Paul Anka.

-Tremendo músico Justín, ¿eh, Alfonso?

-Es un mierda.

No estábamos de acuerdo con Alfonso. A Justín lo habíamos conocido cuando el entierro de los restos de Hernán Hernández encontrados sólo un mes antes debajo de un pozo del barrio La Candela. Íbamos silenciosos, detrás de la bandera desplegada; la fuerza que imprimía Justín Marcial a los golpes contra el bombo nos hicieron hervir la sangre durante el recorrido desde el edificio del antiguo ayuntamiento hasta el cementerio. Callados ya los instrumentos, mientras los sepultureros bajaban el ataúd hacia el fondo de la fosa, recordábamos todavía la expresión de firmeza de Justín cuando la corneta de la banda dirigida por Victoriano Machado tocó a silencio y los fusileros al mando de Bracamontes dispararon al aire; una mirada semejante a la que le suponíamos a Hernán Hernández según los cuentos del maestro Argileo cuando la mano asesina le apuntó con el revólver para rematarlo y él le dijo *morir por la Patria es vivir*.

Debajo del bombillo de la esquina, que oscurecía la noche lejos de alumbrarla, pasábamos revista a nuestras vidas de niños pequeños que

íbamos creciendo. Estábamos de acuerdo con el otro mellizo: Violeta, a pesar de su hermosura, no podía formar parte de nuestros sueños adolescentes; se cobijaba tras la sombra de la misa a la que asistía acompañando a María Adriana y grababa en el brazo de una silla que Gerardito le había conseguido en la otra aula la expresión *con Dios todo sin Dios nada* en forma de cruz. Tampoco debíamos considerar amigos nuestros a Gerardito y a Bundarián, quienes durante los recesos sacaban con orgullo sus billeteras de cuero y les pagaban la merienda a las hembras mientras nosotros apenas llevábamos diez centavos.

-¿Qué tú opinas, eh Alfonso?

-No sé. Gerardito es mi amigo y Violeta es mi novia.

(19)

En la escuela secundaria empezaron nuestros conflictos con Violeta y María Adriana. Allí era distinto: no podían argumentar que marcaban los brazos de las sillas porque las había comprado la señora Chandler. En la secundaria las sillas eran nuevas, estrenadas por nosotros.

-No se atrevan a marcarlas.

-Chivatos.

Movían las cuchillas y nos miraban socarronas. Los labios pintados, las manos sobre las caderas, las piernas redondas y macizas moviéndose a compás. Qué lindas eran, cómo nos enervaba el perfume de hembras lujuriosas que Minerva no podía utilizar. Sin embargo, por respeto al otro mellizo estábamos obligados a asegurar que su novia era la más hermosa.

Y a pesar del deseo del otro mellizo de hacer expulsar de la escuela a Violeta y María Adriana, sólo provocó que se burlaran de nosotros.

-¡Chivatos!

-¡Guatacas del maestro Argileo!

-¡Muertos de hambre!

La oportunidad para deshacernos de ellas y de los demás pertenecientes a su grupo creímos encontrarla cuando empezó a impartir las clases de inglés el cuarto profesor del curso, porque los otros tres habían renunciado a luchar contra los indisciplinados del aula. El otro mellizo nos dijo ese día: "Hoy vamos a acabar con la gentuza indisciplinada". Aseguraba haberlo conversado con un individuo importante del pueblo.

-¿Con Bracamontes?

-No. Con Lorenzo Segura.

Se trataba de un hombre que ya no usaba traje ni corbata como antes, cuando al lado de Bracamontes hablaba desde el balcón del antiguo ayuntamiento a la multitud que se congregaba en la enorme plazoleta coreando consignas y enarbolando carteles confeccionados con letras irregulares.

Nos sentíamos confiados: si aquel hombre había afirmado, como dijo el otro mellizo, que era hora de cortarle las alas a los gavilanes disfrazados de palomas, podíamos contar con el escarmiento. Íbamos a lograr reducir a la obediencia a otras palomas más asustadizas como Jennys y Ana María.

Al tocar el timbre se oyeron las voces a dúo de Gerardito y Alfonso desde el fondo del aula cuando el profesor dijo *good morning*.

-Llegó Pepe el Baboso.

El profesor había escuchado el apodo, estábamos seguros. Miramos a Alfonso, sentado al lado de Gerardito, y Minerva los apuntó a los dos en la lista. El profesor habló con una voz entre senil y lastimosa.

-¿Por qué ustedes dos no se ponen de pie?

Geradito lo miró con cara burlona.

-Porque estamos operados.

El otro mellizo le hizo una señal a Minerva. Según lo acordado, debía repetir sus nombres en la lista por faltarle de nuevo el respeto al profesor. Éste comenzó la clase, inmune a los rumores dentro del aula, alguna que otra tiza lanzada contra la pizarra, un pedo sonoro que explotó en el fondo y nuestras continuas interrupciones poniéndonos de pie para tratar de saber, indagar, vigilar, anotar en la lista.

Cuando el anciano se acercó a María Adriana señalándola con un dedo tembloroso y pidiéndole que repitiera *I am a girl*, ella abrió su sombrilla.

-¿Por qué la abre dentro del aula?

-Tengo catarro y no puedo mojarme.

-¿Mojarse?

-Usted es una bola de baba cada vez que habla.

Una risa compacta salió de la garganta del aula. Nosotros no nos reímos. Nos daba rabia que el profesor se arrinconara, incapaz de golpear con violencia encima de la mesa, de suspendernos el receso y disponer que los padres de los indisciplinados debían venir a hablar con él, tal como había indicado el profesor de química la semana anterior. Nos dio rabia y nos pusimos de pie, recorriendo las filas; acechantes, gritábamos los nombres de

quienes escandalizaran para que Minerva los anotara en su lista. Exigíamos silencio y muchos nos enseñaban la lengua o gritaban con voces fingidas la ofensa que nos llegaba al corazón.

-¡Chivatos!

Llevamos la lista a la dirección cuando acabó la clase. En la oficina encontramos al director Hidalgo Sobrecuevas frente a un buró atestado de papeles; cuando le comunicamos nuestras pretensiones de expulsar a los indisciplinados, proyectó los labios hacia fuera dejando deslizar entre sus dedos el lápiz con que había estado escribiendo y nos miró mientras negaba con la cabeza. Le vimos los ojos enrojecidos comprendimos que hoy también, antes de venir hacia la escuela, había estado bebiendo en el hotel La Gaviota.

-No me molesten más. El responsable de la disciplina dentro del aula es el profesor.

Tomó de nuevo el lápiz y siguió garabateando en el papel, indiferente a nuestras protestas.

(20)

Íbamos a los algodones a pesar de que los sacos llenos con las motas blancas se acumulaban en las guardarrayas y no venían a recogerlos.

El último domingo que nos levantamos bien temprano para esperar los camiones en el parque nunca lo olvidaremos, porque ese día rodaron por el suelo muchas de nuestras ilusiones. La primera, disfrutar de los muslos de Minerva apoyando la cabeza contra aquellas carnes firmes cuando hacíamos un alto en el campo para comer la merienda.

El otro mellizo fue el portador de la noticia que destruía nuestros planes.

-No se va a recoger más algodón.

Lo dijo con tristeza. Minerva lo miró indulgente, diciéndole que no se amilanara porque vendrían otros domingos y siempre habría tiempo de trabajar.

-No se va a recoger más algodón.

Ahora repitió las palabras para sí mismo, reflexivo. Tal vez le doliera que no iba a acariciar con su cara la de Minerva mientras viajáramos en el camión o quizá estaba furioso por las palabras que acababa de gritar El Borracho mientras se bamboleaba en la esquina del hotel La Gaviota.

-¡El algodón no se goza en este clima mierdero!

Varios domingos después volvimos a levantarnos bien temprano. Recuperábamos no sólo la posibilidad de apoyar nuestras cabezas contra los muslos de Minerva y de Jennys cuando hiciéramos un alto para descansar sino, además, podríamos compartir la merienda con Ana María, de pelo largo y rubio, que se reía de nuestros cuentos en los cuales de vez en cuando aparecía alguna grosería y nos aseguraba confidencial que jamás se juntaría con Violeta y María Adriana. Indagamos si creía posible que pudiésemos atraer a Bundarián y meneó la cabeza dubitativa.

-Es muy vanidoso. Y, además, es gusano.

También nos entristeció ver pasar a Alfonso vestido con un pantalón de patas exageradamente estrechas; su pelo amoldado por la grasa, los zapatos

brillosos y la mirada sarcástica nos hicieron suponer que había conquistado a Violeta. El otro mellizo le salió al paso tomándolo por la muñeca.

-¿No vienes con nosotros a recoger caña, eh Alfonso?

-Voy a ensayar con un combo que formó Gerardito.

-¿Y desde cuándo tú eres músico?

-No sea usted burro.

-Ven con nosotros.

-¡Mierda!

(21)

El ciclón comenzó con unas lloviznas tenues, casi insignificantes; salimos hacia la escuela a la hora acostumbrada, pero esta vez el sol aún no había asomado. Dentro del aula, la vida era la misma; Gerardito, Alfonso y Bundarián aprovechaban cualquier oportunidad para burlarse del profesor de turno, inventar un chiste obsceno o lanzar una tiza contra cualquiera de nosotros; Violeta y María Adriana reían exageradamente y adoptaban una pose provocativa o nos enseñaban la lengua; Ana María y Jennys permanecían en silencio, sin importarles la algarabía del aula y levantaban la mano siempre que el profesor preguntaba; nosotros vigilábamos a quienes conversaran o no atendieran la clase mientras Minerva apuntaba sus nombres en la última hoja de una libreta.

A mitad de mañana Hidalgo Sobrecuevas, el director, apareció en el umbral de la puerta en una actitud entre temerosa e indiferente, suspiró muy hondo y creímos advertir sus ojos enrojecidos. Pasó una mano por la cabeza donde ya escaseaban los pelos y ordenó:

-Tienen que irse para sus casas.

Nos alegramos a pesar de que unos segundos antes Bundarián le había preguntado a la profesora de Biología sobre un asunto sumamente interesante.

-¿Cómo se forman los niños en la barriga de la mujer?

Hidalgo Sobrecuevas había llegado a interrumpir, pensamos nosotros. Hidalgo Sobrecuevas había llegado a salvarla de responder pregunta tan inoportuna, pensaría la profesora, joven y bonita, inexperta al sentarse frente a nosotros que vigilábamos el movimiento de sus piernas debajo de la mesa.

La orden del director nos libraba de la clase de Matemáticas en la cual siempre se perdía una equis o una ye que nos costaba trabajo encontrar. Habitualmente los primeros en hallarlas eran Gerardito, Bundarián y María Adriana. Ellos y el otro mellizo; algunas veces ganaban Jennys y Ana María.

Empezamos a retirarnos en cualquier orden, sin importarnos la lluvia que comenzaba a arreciar, olvidados ya de la pregunta de Bundarián.

A partir de ese momento perdimos la autoridad que nos confería ser los dueños de la lista dentro del aula, porque nuestros padres nos mantenían en un rincón o en el lugar que ellos quisieran.

-Ya les dije que no podían salir.

-Los mandados los busco yo, que está lloviendo.

-No pueden poner música en el radio. Se le gastan las pilas y tenemos que oír las noticias del ciclón.

El único sitio donde no estorbábamos era en el cuarto, allí descubrimos el juego del monopolio dentro de una caja de cartón, junto con los muñequitos de Tarzán y Batman que ya no vendían en ningún lugar. A nuestros gritos escaparon de la caja decenas de cucarachas, viscosas, apresuradas, refugiándose en el interior del armario sin puertas que guardaba nuestras ropas. Los mayores no podían oírnos: después de clavar las ventanas fueron a buscar mercancía de reserva en la bodega, preocupados porque según el último boletín del observatorio nacional dentro de tres horas las ráfagas serían de gran intensidad y ellos pensaban que muchas casas de nuestro barrio se derrumbarían.

-¿Es verdad que van a derrumbarse, eh Alfonso?

-No sé ni me importa.

Alfonso permanecía alejado de nosotros, ensimismado en sus pensamientos. No le preocupaban las discusiones entre fraternas y violentas por el lance de los dados que reclamaba alguien a quien no le pertenecía o la compra propuesta a otro jugador de una posesión que permitiría fabricar casas y hoteles. Tampoco se interesó por releer a Popeye el Marino ni a los Halcones Negros porque continuaba pensando en Geradito y Bundarián. Cada vez que tenía un momento libre en el aula se juntaba con ellos y ensayaban los mismos acordes que después en horas de la noche volvían a interpretar, acompañados de la guitarra eléctrica del combo Los Dinámicos. El nombre no les gustaba pero no podían cambiarlo; Lorenzo Segura no habría autorizado que Hidalgo Sobrecuevas les entregara los instrumentos musicales para rotularlos con el nombre propuesto por Gerardito.

-*The Blasters* querían llamarse, ¿eh, Alfonso.

-Ocúpense del juego y déjenme tranquilo.

Al día siguiente las nubes amanecieron más oscuras que el anterior y la lluvia arreciaba por instantes. Algunos padres fueron llamados al antiguo cuartel y entonces las madres asumían el dominio de la casa. Era un gobierno más tolerante: nos enviaban al patio arropados por un saco en forma de capa y allí desalojábamos la tierra con el azadón para que el agua corriera libremente. Resultaba agradable quitarse el saco y dejar que la lluvia empapara la ropa.

-¡Muchachos, que se enferman!

Los gritos rompían los planes de escapar hacia el fondo del patio para salir a corretear por los charcos del barrio.

Entramos de nuevo a la casa y Alfonso permanecía sentado en un taburete al lado del fogón, contemplando las llamas rojizas que se desprendían de las astillas de leña. Olía el humo y la ceniza, el café y el aroma que escapaba de una olla; sus ojos miraban al vacío, como si tratara de dar un salto imaginario y penetrar en el mundo de Gerardito. Ahora él y María Adriana estarían en una sala donde abundaban muebles acolchados, forrados de vinil; estarían bebiendo refresco o vino, según sus deseos, mientras escuchaban a *Los Beatles*, esos músicos que tanto mencionaban en el aula alabándolos como los mejores del mundo y que nosotros jamás habíamos escuchado.

-¿Es verdad que están prohibidos, eh Alfonso?

-¿Tú los has oído, eh Alfonso?

-Déjenme tranquilo.

Continuamos la partida de monopolio suspendida la noche anterior.

Al poco rato tocaron a la puerta; alguien explicó que Lorenzo Segura mandaba a buscar al otro mellizo porque era necesario proteger la escuela y algunos alumnos habían sido seleccionados para ayudar. Gerardina no se atrevió a oponerse, aunque hizo constar su inconformidad.

-Debían hablar con el padre.

-Ya lo hicimos.

Vimos partir al otro mellizo y sin confesárnoslo sentimos envidia. Lorenzo Segura lo consideraba persona importante porque era el que iba a las reuniones y planteaba nuestras inquietudes. A nosotros, en cambio, que vigilábamos a los indisciplinados dentro del aula Lorenzo apenas nos miraba.

-¿Eso es justo, eh Alfonso?

-Claro que no es justo. Ustedes también pudieran ir.

-¿Y tú?

-Yo no. Lo mío es los ensayos del combo.

-¿Por qué no hablas con Justín?

-¿Para qué?

-Dice Justino Marcial que su hijo está tratando de formar una nueva orquesta.

-No me interesa.

Sentimos a Alfonso de nuevo cerca de nosotros. Como siempre queríamos que estuviera.

(22)

Las lluvias ya no eran tan intensas y el viento empezó a amainar; al tercer día sólo quedaba la amenaza del ciclón. Así lo anunciaban los locutores por el radio, pero Justino Marcial, que había llegado con el padre de Alfonso, los desmintió mientras saboreaba el café acabado de colar.

-No sea usted burro. Ya el ciclón se fue.

Y de verdad se había ido, según pudimos comprobar en horas del mediodía cuando nos enviaron a la secundaria en busca de noticias sobre el otro mellizo. Desde hacía dos días no venía a la casa, como si ya se hubiera independizado de los padres.

-No se demoren.

-Le dan este paquete y regresan corriendo.

-Vayan por el camino más cercano.

Cuando salimos a la calle principal logramos que Alfonso fuera el mismo de siempre.

-Oye, esqueleto: si no abres el paquete te parto la cara.

-Fíjate bien, llorón: primero vamos a buscar a Zulema la Endemoniada.

-Te lo advierto, nariz de agua: si le cuentas a mamá que nos comimos los dulces de coco te rompo la vida.

Al llegar frente al hotel La Gaviota nos detuvimos un momento. Por allí se paseaba el Loco mirando a los transeúntes y hablando a gritos.

-¡Algo grande pasará!

Después se situó en medio de la calle y los vehículos para no estropearlo empezaron a moverse con una lentitud que nos recordó la vez que nuestros padres se empeñaron en hacer que la guagua manejada por Justino Marcial caminara de nuevo. Desarmaron el motor encontrado en un rincón del taller que había pertenecido a mister Keller y después de soldar, rebajar con una lima y discutir entre ellos hasta enronquecer, la guagua de Justino apenas logró llegar hasta el bar Modelo a una velocidad que tal parecía iba moviéndose hacia atrás.

-¡He dicho que pongan un semáforo en esta esquina!

Un carretón tirado por un caballo blanco pasó junto al Loco y a sus gritos la bestia se asustó. Tuvo que hacer fintas para que la cabeza del animal no chocara contra la suya y cuando estuvo a salvo en la acera de la cafetería Asia, levantó un brazo amenazante.

-¡Póngale una lata debajo del pito a ese noble bruto!

Empezó a caminar en dirección al barrio La Candela. Alfonso pretendía seguirlo, con la intención de gritarle ofensas para provocarlo. Nosotros estábamos indecisos todavía entre las opciones de ir en busca de Zulema la Endemoniada y llevarle el paquete con los caramelos que quedaban al otro mellizo, cuando vimos salir al Borracho del hotel La Gaviota, encorvado, con pasos vacilantes.

-¡Nene la Bestia, págame los cinco pesos que me debes!

El Borracho eructó con violencia y al levantar la cabeza nos descubrió risueños y jubilosos.

-¡Cagalones, el ciclón les jodió los algodones!

Cruzó la calle con pasos bamboleantes y se detuvo junto a nosotros, como esperando que lo ofendiéramos para iniciar su ataque. Empezamos a alejarnos de él, indiferentes. Sólo Alfonso se volteó un momento y tocándose los pantalones al nivel de las entrepiernas le gritó unas cuantas ofensas.

(23)

Comenzó de nuevo el curso escolar y muchos alumnos que habían iniciado la secundaria el año anterior formaron dos filas, una frente a la otra. Los primeros estaban apostados al lado de la verja de entrada y los otros apenas se veían, recostados contra los árboles que sombreaban el patio delantero.

Alfonso, situado entre Bundarián y Gerardito, abría y cerraba una tijera cada vez que llegaba algún alumno nuevo señalando hacia el arroyo cercano a la escuela.

-Ahí te vamos a bañar.

Los amenazados miraban asustados hacia el agua maloliente, mientras la nueva directora que había sustituido a Hidalgo Sobrecuevas se mantenía alerta y nosotros la ayudábamos a conservar el orden. Cuando ella se alejó el otro mellizo fue hacia donde estaba Alfonso.

-Dame la tijera.

-Quítamela si eres hombre, gallina.

En ese instante pasó frente a Alfonso un muchacho de mirada altanera, con los puños cerrados. Violeta salió de su lugar en la fila y aprovechando que Gerardito le sujetaba los brazos contra la espalda al recién llegado, marcó una cruz con un creyón labial en la camisa; también Alfonso logró alcanzarlo con la tijera y cuando el muchacho vio que su pelo caía al suelo dispersado por el viento, comenzó la pelea. Zafándose de los brazos de Gerardito y volteándose hasta quedar frente a él, le lanzó un golpe contundente a la cara. Las dos filas se rompieron en el acto y sus integrantes comenzaron a perseguir a los nuevos que estaban dentro de la escuela; el maestro Argileo, quien había venido a trabajar a la secundaria, y la directora, desgañitados, trataban de contener aquella turbamulta. Nosotros impedimos que Bundarián le cortara las trenzas a una mulata de cuerpo menudo, que ya había perdido toda esperanza de salvación y veía acercarse el fin de su pelo resignada, mientras Hidalgo Sobrecuevas reía, arrellanado en el descanso de la escalera que conducía a la segunda planta de la escuela.

Subimos en estampida, y junto al bebedero que constantemente castigaba el Sol encontramos a Gerardito y a Alfonso lanzándole golpes al otro mellizo. Antes de que llegáramos donde ellos, éste disparó su puño en dirección a la cabeza de Gerardito, pero éste lo desvió con su brazo acostumbrado a ejercicios bruscos y fue Alfonso quien recibió en la nariz el piñazo.

Intentamos evitar la pelea pero el otro mellizo se convirtió en Alfonso, un Alfonso rabioso y vengativo.

-¡Déjame a mí, cono! ¡Déjenme a este cabrón que lo voy a matar!

Se le echó encima a Gerardito, como enloquecido, lo sujetó por las solapas de la camisa, le golpeó el estómago con la cabeza y acto seguido le propinó un rodillazo contra los testículos que lo obligó a doblarse. Antes de que cayera, el otro mellizo lo agarró por el pelo y si no llegamos a intervenir hubiera continuado golpeándolo.

Gerardito se puso de pie lentamente, con una mano al nivel del estómago. Con la otra extrajo el pañuelo y al descubrir que se teñía de rojo cada vez que se frotaba la cara, echó a correr escaleras abajo gritando despavorido.

El otro mellizo se acercó a Alfonso. Pretendía frotarle la nariz en la zona donde se la había golpeado.

-¡Mierda! ¡Eres un salvaje!

(24)

Esa misma semana nos pidieron que fuéramos a recoger la caña cortada por los macheteros en La Margarita. Salimos por las aulas durante el último receso del sábado, anotando a quienes se comprometían a acompañarnos. Cuando le preguntamos al muchacho de la mirada altanera nos contestó de mala gana, con una frase que debía haberle oído a Alfonso, Gerardito o Bundarían.

-Sóbense el empacho.

La mulatica cuyas trenzas salvamos de la tijera de Bundarían, en cambio, esperaba al día siguiente con nosotros los camiones en el parque y se divertía con la discusión entre el Loco y el Borracho.

-¡Yo no le rindo cortesía ni a mi madre!

El Borracho andaba jocosos ese día. El Loco, sin embargo, pateaba furioso el suelo.

-¡Usted tiene que saludarme antes de cruzar la calle!

El Borracho, detenido en la esquina del hotel La Gaviota, cruzó ambas manos llevándolas al nivel de los labios y al soplar imitó el ruido grave de una trompeta.

-¡Tú eres un mierda!

El Loco, situado en la esquina de la cafetería Asia, estaba a punto de llorar.

-¡Yo soy el marqués de la Corona!

Los estudiantes de la secundaria animábamos con nuestros gritos aquel inusitado duelo.

-¡Tú eres el marqués de un pueblo donde los mojones navegan por los arroyos!

También desde los bajos del hotel La Gaviota quienes bebían a esa hora temprana alentaban la controversia entre ambos contendientes.

-¡Usted es un fresco!

-¡Tú eres el marqués de Arroyo de los Mojones!

-¡Yo soy el dueño de todas estas posesiones!

El Loco giró la mano derecha con el índice extendido, desde la iglesia hasta la cafetería Asia, deteniéndolo cuando señalaba en dirección al bar del Sótano.

Nene la Bestia, que se encontraba en el portal del hotel, se dirigió conciliador al Loco.

-¡Marqués, acepte mi brindis!

El Loco, olvidando la controversia con el borracho, rechazó aquella oferta.

-¡Cuando usted le pague los cinco pesos que le debe a mi amigo el duque de las Colinas!

Y desentendiéndose de aplausos, gritos y vivas, comenzó a caminar hacia el barrio la Candela.

Empezaron a arrancar los camiones y mientras tratábamos de acomodarnos junto a Minerva, Ana María, Jennys o la mulata del cuerpo delgado, escuchábamos al Loco impartir una orden que ya conocíamos.

-¡Dije que me pusieran un semáforo en esta esquina!

(25)

Una tarde, Lorenzo Segura llamó al otro mellizo a su oficina y éste regresó a la secundaria cuando ya nosotros comenzábamos a ponernos el uniforme luego de haber realizado unos ejercicios sin muchos deseos; hacía un calor espeso, las nubes blancas apenas se movían y las hojas de los árboles del patio permanecían quietas. Olía a tierra calcinada, a yerba seca y a sudor. Las hembras cubrían sus muslos con faldas escolares y nosotros mirábamos con descaro aquellas de cuerpos mejor formados.

-¡Está buena Violeta!, ¿eh, Alfonso?

-¡Respétenme, que es mi novia!

Teníamos intención de irnos esa tarde para el *stadium*, donde el equipo de pelota del pueblo se enfrentaría a uno visitante, pero el otro mellizo nos fue señalando a algunos con el dedo.

-Tenemos una reunión.

Alfonso, Eduardito y Bundarián comenzaron a alejarse indiferentes, acompañados de Violeta y María Adriana. Nosotros echamos a andar rumbo al aula, expectantes, tratando de averiguar el asunto que nos obligaba a suspender el viaje hacia el *stadium*, privándonos de gritar hasta desgañitarnos cada vez que ocurriera un batazo descomunal o que poncharan alevosamente a cualquier jugador. El otro mellizo nada contestó; nos miraba desde su altura de persona importante al que Lorenzo Segura recibía en su despacho. Sonreía enigmático y nada más.

Entramos al aula bulliciosos, olvidados ya del juego a la pelota. El otro mellizo se ubicó al frente y a su lado Minerva levantaría el acta, porque ninguna de nuestras reuniones podía efectuarse sin escribir las discusiones y los acuerdos.

El asunto resultaba preocupante: el combo de la escuela había servido para que Gerardito atrajera a su lado a un grupo de jóvenes que gustaban de las fiestas, y se reunían durante los ensayos en el patio de la casa de Bundarián, un lugar espacioso rodeado por altas tapias, sembrado de árboles y cubierto de un césped mantenido con atenciones constantes por parte de

un viejo jardinero. Allá disponían de una explanada de cemento donde podían bailar, y no sólo lo hacían con la música del combo al que llamaban entre ellos *The Blasters*; también bailaban con la música de un tocadiscos.

-¡Qué descarados! ¡Seguro oyen discos en inglés!

-¡Sinvergüenzas! ¡Seguro que los discos son de Los *Beatles*!

-No me interrumpen.

El otro mellizo nos dijo que según Lorenzo Segura, en los ensayos se hablaba de asuntos como las cartas que enviaba desde Miami el mayor de los hermanos de Gerarditto y María Adriana. Aquello sí era vida, decían las cartas, muchas tiendas donde la ropa abundaba y el jamón era fácil de comprar; cualquiera tenía un carro, y lo demostraban con fotos en colores que circulaban de mano en mano; deslumbrados, comentaban la hermosura de un castillo medieval propiedad exclusiva de una familia que en Cuba había tenido que trabajar todos los días para vivir, o de lo magnífico del parque Walt Disney donde los sirvientes andaban disfrazados de Porky y Micky Mouse.

-¿Qué debemos hacer? ¿Ir esta noche allá y entrarles a golpes?

-No sea usted burro.

La idea de Lorenzo Segura nada tenía que ver con broncas ni discusiones. Simplemente, los instrumentos musicales pertenecían a la escuela y el combo la representaría en el festival de músicos aficionados. Nosotros debíamos apadrinar la agrupación musical. Estábamos obligados a ganarnos la confianza de sus integrantes y de quienes los seguían a todas partes.

-Por ese camino, terminaremos bailando *rock and roll*.

-Precisamente se trata de que toquen música cubana.

-Yo no estoy de acuerdo con reunirme con esos gusanos.

-Es una orientación de Lorenzo Segura.

(26)

Jennys cumplía quince años. Ilusionada, posaba en distintas posiciones por indicación del fotógrafo, y ante cada chispazo de luz quedaba eternizada su sonrisa joven y optimista. Mientras las muchachas del aula se movían de un lado a otro, auxiliando a Jennys en sus desplazamientos por los jardines del antiguo Club de los Rotarios, nosotros permanecíamos enfundados en nuestros trajes de colores oscuros, las corbatas con los nudos bien apretados contra el cuello y la expresión en el rostro de personas importantes. Sin advertirlo, formábamos dos grupos. Del lado de allá, en las mesas cercanas al área más iluminada, las personas mayores, serias, hieráticas, concentradas en sus conversaciones solemnes. Del lado de acá, protegidos por la penumbra que provocaban tanto la escasez de bombillos como los arbolitos del jardín, nosotros los jóvenes tratábamos de congraciarnos con los acompañantes de las muchachas, brindándoles de nuestras cervezas y contándoles chistes tolerables para sus oídos. Ni pensar en los de malas palabras o sobrentendidos; fingíamos seriedad y compostura porque el baile empezaría apenas terminaran los acordes del *Vals sobre las olas* y las quince parejas empezaran a retirarse, cansados y sudorosos pero satisfechos de haber resultado los elegidos para la ocasión. Empezaría el tocadiscos con las viejas canciones de Paul Anka y los boleros sentimentales, de letras propicias para el enamoramiento; algún que otro disco de Elvis Presley propiedad de Bundarián incrementaría el bullicio del lugar con acordes enloquecedores, y la paz volvería cuando un danzón suave y armonioso nos permitiera acariciar disimuladamente la piel de nuestra compañera.

Encima de la tarima los instrumentos musicales del combo de la escuela esperaban su turno. Aquel era el estreno público de nuestros músicos.

Entre devaneos y chistes más o menos decentes, más o menos obscenos, fue pasando la noche; de vez en cuando alguna discusión sofocada por voces amistosas o enérgicas, y nosotros bebíamos, aprovechando que nada nos costaba llenar los vasos con el líquido de la botella y vaciarla.

Hablábamos de los algodones; del comportamiento correcto de Violeta, sin risas estridentes ni frases soeces porque allí estaban sus padres; comentábamos acerca de las indisciplinas en el aula; nos adentrábamos en el terreno de las confidencias; bebíamos y mirábamos las parejas de baile moviéndose al ritmo de la música aunque a nosotros nos parecían movimientos obscenos.

-Creo que Gerardito es novio de Violeta.

-¿Y ella no es novia de Alfonso?

Odiábamos a Gerardito, por su tórax hinchado y la estatura de gigante; porque sabía todas las palabras en inglés cuando el profesor preguntaba y, además, porque siempre en sus bolsillos traía billetes mientras nosotros debíamos conformarnos con un menudo que sólo nos alcanzaba para adquirir la merienda.

-Gerardito es un burgués, ¿eh, mellizo?

-Denme un trago de cerveza, que vuelvo a bailar con Minerva.

Se alejó eufórico hacia la mesa donde los padres de Minerva participaban de aquella fiesta sin muchos deseos. Comenzó de nuevo la música y el otro mellizo desapareció entre las parejas que bailaban.

-¿Ya le habrá acariciado *la cosa*?

-Me parece que no. Él es un cobarde.

-Oiga, compadre, deme un poco de cerveza. Y delante de mí no hable así del otro mellizo.

Fugazmente vimos pasar a María Adriana conducida por Alfonso en unos giros cadenciosos, estudiados. Ella, rubia y aunque de carne escasas, tenía un cuerpo parejo y armonioso.

-Es bonita.

-No es revolucionaria.

-Pero es linda.

-Si lo dices es porque eres un gusano como ella.

No pudimos evitar la polémica. Entre trago y trago de cerveza cada cual se empeñaba en defender sus criterios.

-Tengo derecho a opinar, ¿no?

-Así piensan los gusanos.

Enereido se puso de pie, tambaleante.

-¡Tú me respetas!

La voz le salió rabiosa y quienes se hallaban a nuestro alrededor hicieron ademán de ponerse en pie. La música continuó su curso, ajena a aquel nuevo altercado de la fiesta. Enereido nos miró a todos con una sonrisa de tonto.

-Creo que estoy borracho.

Volvió a sentarse, mientras los muchachos del combo comenzaban a acercarse a los instrumentos musicales.

(27)

Al nuevo profesor de Inglés lo odiábamos sin confesárnoslo desde que nos dijo que dentro de su clase no quería listas de indisciplinados, pues él se bastaba para controlar a los alborotadores. Prestábamos atención a la clase aunque algunas veces nos entreteníamos pensando en el juego de pelota que en ese instante se desarrollaba en el *stadium* y hasta mirábamos al fondo.

También Alfonso miraba hacia el fondo del aula de vez en cuando, en busca de los ojos verdosos de Violeta.

-Violeta se parece a Zulema la Endemoniada, ¿eh, Alfonso?

-No me estén haciendo preguntas que el profesor ya empezó a vigilarme.

El profesor explicaba las particularidades sintácticas del inglés. Lo íbamos entendiendo a medias porque también sus ojos observaban el fondo del aula mientras daba paseítos frente a la pizarra y esto hacía que no explicara con claridad.

Alfonso, para disimular, se rascó la nariz y tosió sin deseos, miró de nuevo hacia atrás y allí encontró los muslos tersos y redondos de Violeta.

-Al profesor se le va a calentar el cerebro.

La risa pícara y el comentario apenas fueron escuchados por el profesor, que en ese instante tomó la tiza para escribir una oración y alzó la voz, obligándonos a un silencio momentáneo. Después continuaron los cuchicheos disimulados, los comentarios de un instante, las risitas ahogadas.

-¡Qué buena está!, ¿eh, Alfonso?

-¡Respétenme, que es mi novia!

-¡Mentira! ¡Es la novia de Gerardito!

En la última oportunidad, cuando ya el profesor estaba sacudiendo sus manos del polvo blanco que se le había adherido y señaló a Gerardito con un dedo, Alfonso volteó la cabeza y en lugar de encontrarse los pies de uñas esmaltadas de Violeta, sus piernas blancas, sus muslos de una piel sin arrugas, halló un obstáculo: una frente aplastada y una nariz grande perteneciente a una cabeza de un tamaño exagerado; el minúsculo torso que

sostenía aquella cabeza se había ladeado en la silla y los ojos saltones intentaban adivinar la oración escrita en la pizarra. Se trataba de Francisco.

Alfonso levantó la mano llamando la atención del profesor. Éste interrumpió la pregunta que iba a formularle a Gerardito.

-¿Cómo se dice feo en inglés?

El profesor adivinó las verdaderas intenciones de Alfonso; en lugar de contestarle, con pasos de felino se paró delante de él y sin comentario alguno golpeó la oreja de nuestro amigo con la mano abierta. Luego nos miró a todos severo, amenazante. El timbre de finalizar la clase vino a librarnos de un discurso.

-Te dolió, ¿eh, Alfonso?

-Váyanse al carajo.

(28)

Una noche subimos al parque a encontrarnos con Justín Marcial antes de que entrara a los ensayos de la banda que dirigía Victorino Machado. Le habíamos oído comentar a Justino que su hijo tenía intenciones de formar una nueva orquesta y aunque Gerardito no estaba dispuesto a renunciar a la jefatura del combo, ya lo habíamos decidido con Lorenzo Segura: necesitábamos un grupo musical distinto porque los del combo sólo tocaban canciones como *Neverly*, *Abril en Portugal* en tiempo de fox y *Stenderly*.

Juan Emilio trataba de convencernos de que él podría ayudarnos si lográbamos formar la orquesta.

-Yo tengo algunas letras escritas. Sólo les falta la música.

-¿De qué tratan?

-Hay una guaracha titulada *Marañón amarillo* y otra *El baile apretao*.

Los del combo empezaron a reírse, Alfonso se puso de pie, inquieto, y caminaba frente el amplio banco de granito que bordeaba el parque burlándose de Juan Emilio a gritos. Lo llamaba compositor de pregones para tamaleros y hasta le dijo un apodo que a él le incomodaba.

Juan Emilio se llevó las manos a la cintura, como si buscara allí un cuchillo que ya no acostumbraba a traer encima.

-Acuérdate que yo sí tengo valor para picarte la barriga.

Así estuvimos un gran rato, entre discutidores y jaraneros, cuando después de haber hablado con Justín sin lograr convencerlo de que dirigiera el combo, íbamos a marcharnos. Entonces vimos al Loco encima del edificio del hotel La Gaviota y escuchamos sus gritos amenazando lanzarse contra el pavimento.

El parque quedó silencioso. Quienes hasta ese momento hablaban de pelota, hacían planes para ir a beber unas cervezas en algún sitio del pueblo, acariciaban amorosas unas manos o planeaban llegar hasta el hotel San Gregorio para acostarse con Zulema la Endemoniada, se agruparon tumultuariamente. De momento, una voz anónima, jocosa y estridente saltó por encima de todos los comentarios.

-¡Que se tire!

Sin embargo, la voz del otro mellizo atacó a esta otra voz, como un reclamo para salvar al Loco.

-¡Vamos a buscar la policía!

El Loco, majestuoso, nos miraba altanero desde su altura. No ofendía a nadie, nada reclamaba; ni siquiera protestó cuando la voz anónima volvió a exigirle que se lanzara.

Antes de que llegara el camión de los bomberos el Loco profirió un grito irrepetible y empezó su caída contra el asfalto.

(29)

Después de varias semanas de ruegos, discusiones amistosas y peticiones vehementes, logramos vencer la resistencia de Justín. Accedía a dirigir el combo y ensayarían en los ratos libres que le dejaran sus obligaciones en la banda de las retretas y los entierros de los muertos ilustres con una condición: había que montar un nuevo repertorio. Logramos también, gracias a la intervención de Lorenzo Segura, que abrieran el antiguo bar del Sótano como nuestro local de ensayos. La primera noche estábamos allí, observando el trabajo de los músicos, inmunes al hedor putrefacto de la humedad encerrada desde hacía meses. Sentados encima de la mesa forrada con un tapete verde escuchábamos las órdenes de Justín.

-Bundarián, calla ese saxofón.

Él dejó de tocar el instrumento, malhumorado.

Resultaba aburrido aquello de iniciar un número musical una y otra vez, repetir los mismos acordes, volverse a detener y empezar de nuevo. Durante los descansos Alfonso nos manifestaba su disgusto, que era el de todos los demás: estaban acostumbrados a canciones como *Nerverly* y *El Rock de la prisión*. Por los danzones, las guarachas y las rumbas no sentían vocación.

A pesar de aquellas inconformidades cuando llegaron los carnavales aceptaron la propuesta de Justín: cambiarían el nombre de la agrupación por el de Rítmica del Son y amenizarían los bailes del barrio la Candela.

Nosotros disfrutamos por vez primera de aquellas fiestas anuales sin la vigilancia de los padres. Hasta a algunas hembras las dejaron salir acompañadas de sus amigas, y en el parque nos juntamos los del aula la primera noche, admirando las redondeces de Violeta que a punto de explotar en pedazos traía el breve pantalón ajustado, de largo no más allá de las rodillas, amarrado con tirillas de colores contra sus macizas piernas; la blusa dejaba al descubierto un vientre apetecible. Tenía permiso hasta las doce. Hasta la doce tendríamos tiempo de convencerla que se peleara con Gerardito y se hiciera novia de cualquiera de nosotros.

-¿Y si se entera Alfonso?

-Él no es su novio.

-¿Y si se entera el otro mellizo?

-Tampoco tiene nada que ver con ella.

-¿Y él no dice que ella es una gusana?

-No me dirán ahora que alguien va a irle con el chivatazo.

El otro mellizo conversaba aparte con Minerva. Ella traía en su cabeza un sombrerito cargado de plumas en colores de los que pasaban vendiendo a cada momento junto a nosotros en carritos sobre ruedas, y también un pito en forma de cono que hacía sonar de vez en cuando, riendo a carcajadas como si fuera una niña. Minerva ya tenía las nalgas desarrolladas y los senos amenazaban saltar de su posición ante cada nuevo acceso de risa. El otro mellizo hacía ademanes de tomar sus manos pero no se atrevía.

Nos paseábamos por el grupo, indecisos. A Juan Emilio se le salía el recuerdo de cuando era tamalero.

-Vamos a repellar con la conga de la Candela, ¿eh?

-Las muchachitas no quieren.

Seguíamos girando sobre la noria de nuestras timideces, sin decidirnos a confesar la causa de aquella quietud: el dinero que traíamos era escaso y estábamos reservándolo para cuando avanzara la noche.

Al fin, decidimos salir tras una de las comparsas, contorsionándonos al ritmo de la música, sudando como no sudábamos en los algodones, ilusionados con las espaldas de Violeta y de Minerva, tratando de arrimarnos a cualquiera de las muchachas, conocidas o no, disimuladamente, para aprovechar los retrocesos y vaivenes de aquella marea humana, bullanguera y eufórica, que nos daba la posibilidad de aprisionar contra nuestro cuerpo otro de mujer por breve tiempo. Más tarde, ese tiempo sería rememorado como si fuese una eternidad, a la hora del baño preferiblemente. Ahora tratábamos de acercarnos a las mujeres con disimulo aunque Juan Emilio, decidido, se colocó detrás de Minerva. El otro mellizo lo apartó con un empujón pero no se atrevió a ocupar su lugar.

De esa manera llegamos al barrio la Candela, localizamos a la orquesta Rítmica del Son y al primero que vimos fue a Gerardito. Vino hacia nuestro grupo y sin saludarnos tomó las manos de Violeta. Ella se estuvo quieta, mansa y seductora, entreabriendo los labios pintados sin hablar. Entonces Gerardito nos miró, como si pretendiera decirnos que la había conquistado, a nuestra Violeta, nacida entre nosotros y ahora de ellos, los que no pensaban como nosotros.

-¿Y ustedes por qué no han comprado cerveza?

La pregunta se la dirigió Gerardito al otro mellizo.

-¿No tienen dinero?

Esta vez el tono no era curioso, sino sarcástico. Juan Emilio se adelantó de su lugar y extrajo del bolsillo varios billetes planchados.

-Sí traemos, ¿por qué?

Gerardito dio la espalda, indiferente, acompañado de Violeta. Nosotros decidimos dividirnos en dos grupos; uno iría a comprar cerveza con Juan Emilio y el otro fue en busca de Alfonso y Justín Marcial.

(30)

Sentados en el parque esperábamos la llegada de los integrantes del equipo de estudios para entrar a la biblioteca pública.

-Ahí viene Enereido.

Balanceándose en su gordura se acercó sonriente y malhablado. Después de los saludos efusivos, las expresiones soeces y las preguntas de doble sentido, se arrellanó en el banco de granito que miraba hacia la manzana donde el hotel La Gaviota podía verse con señales de abandono por sus paredes descascaradas, los mosaicos del portal cubiertos de tierra pardusca y un hedor a aguas albañales. Enereido dijo estar preocupado: Alfonso pretendía imitar en todo a Gerardito vistiéndose con unos pitusas deslavados y un pulóver con la imagen de Ringo en el pecho y en la espalda la inscripción *The Best*; acababa de verlo en el barrio y no aceptó su invitación de venir a repasar con nosotros. De pronto, Enereido abandonó la seriedad para burlarse del que venía llegando.

-¡Esqueleto rumbero!

Sentíamos un poco de lástima por Francisco; desde que escuchó el apodo lo vimos achicarse en su cuerpo, moviendo los ojos saltones de color gris opaco, como rogándonos compasión. Al llegar, extendió la mano en señal de saludo hacia nosotros dando la impresión de ser un animal apaleado. Después de sentarse miró hacia el hotel La Gaviota y habló con cara de pesadumbre. Acababa de ver a Alfonso acompañando a Gerardito; traían una botella de ron, le brindaron y no aceptó. Aunque no lo dijo, ya sabíamos que le habían gritado el apodo en plena cara delante de todos. Desentendiéndonos de Francisco y su cuerpo esquelético comenzamos a hablar de Alfonso y alguien supuso que iba rumbo al hotel San Gregorio.

El nombre del hotel ubicado en las afueras del pueblo nos obligó a rememorar lo sucedido a Alfonso unos meses atrás. Aunque nuestros padres no habían querido brindarnos detalles, estábamos convencidos de que Alfonso había enfermado en esa oportunidad por culpa de sus viajes al San Gregorio. Cada vez que regresaba de allá se burlaba de nosotros.

-Seguro que esta noche fueron a la biblioteca.

Negaba el valor de nuestro estudio cotidiano.

-Esas fórmulas matemáticas no resuelven ningún problema práctico.

Llenaba los pulmones de aire y luego de llevarse las manos a los bolsillos del pantalón hablaba en tono de consejero.

-Gocen la vida como yo.

Entonces nos contaba que el dinero ganado a la China Fernández por hacerle los mandados y los ahorros de las meriendas los empleaba en el hotel San Gregorio con Zulema la Endemoniada. Tanto insistió, que luego de conciliábulos, razonamientos y argumentaciones, Enereido y el otro mellizo decidieron probar.

Llegaron aquella vez al hotel casi a la media noche; Alfonso interrogó a un viejo de un ojo cerrado y temblequeante, y éste señaló con su dedo en dirección al pasillo en penumbras. Enereido y el otro mellizo no acababan de decidirse; las piernas se les movían involuntariamente y trataban de convencer a Alfonso para que fuera el primero en entrar.

-Lo echamos a la suerte, ¿eh, Alfonso?

Lanzaron una peseta hacia arriba y perdió Enereido, quien empezó a caminar por el oscuro pasillo, el corazón taquicárdico, el rostro lívido, la ansiedad por terminar cuanto antes aquella tortura.

Golpeó con los nudillos la puerta marcada con el número diez, y hubiera preferido que no le hubiesen ordenado entrar. Empujó suavemente. La habitación olía a sudor, a pies sin bañar, a halitosis. Cuando Enereido nos lo contó, Alfonso lo negó airado.

-¡Mentira! ¡Lo que pasó fue que no tuviste valor para subirte encima de Zulema!

Frente a Enereido estaba la mujer de nuestros sueños, la que habíamos fabricado desde la niñez con la ayuda de las historias de Juan Emilio. Ahora aquella imagen nos era devuelta hecha trizas, como si estuviéramos mirándola en un espejo roto. Llamaba a Enereido con gritos alcohólicos y ofensivos, levantando la falda para mostrarle sus medias finas que según ella

le regalaban los marineros de paso por el país. Enereido sólo vio los ajustadores ennegrecidos cuando ella empezó a desnudarse, porque al atacarlo la primera arcada dio media vuelta echando a correr de inmediato.

Alfonso negaba aquella historia, aun después que estuvo ingresado casi durante un mes en una sala aislada de las visitas. Cuando le dieron de alta y la China Fernández lo estuvo inyectando cada día durante más de dos meses.

Enereido se puso de pie, nos miró uno a uno y empezó a mover las manos exageradamente, en señal de protesta porque alguien insinuó que quizás Alfonso tenía razón en sus acusaciones.

-¿No le cogerías miedo a la araña de Zulema?

Colocó sus libretas encima del banco alzando la voz. Quienes pasaban en ese instante por la acera del hotel La Gaviota miraron en dirección a nosotros creyendo que verían una pelea.

-Yo quisiera que no hubieran cerrado el San Gregorio para demostrarles que tengo razón.

Continuamos provocando a Enereido, burlándonos de su cobardía con las mujeres, hasta que vimos acercarse al otro mellizo.

-¿Qué escándalo es este?

La pregunta no la dirigió a nadie en particular aunque todos nos sentimos culpables.

-Estamos esperando a las muchachitas.

Al poco rato entramos a la biblioteca, serios, silenciosos. Ocupamos la mesa del fondo y Minerva fue a sentarse al lado del otro mellizo. Adivinábamos que sus muslos estaban en contacto con las piernas de nuestro amigo, que se deseaban uno al otro. Jennys y Ana María no tenían preferencia por ninguno de nosotros, y por tal motivo ocupaban cualquier sitio. Cuando nos adentramos en la lectura de los libros y el repaso de las libretas, comenzaron a surgir dudas, preguntas, inquietudes. No siempre se trataba de que el valor de la equis no aparecía.

-¿Para qué rayos sirven las fórmulas matemáticas?

Continuamos adelante, sin lograr que Enereido comprendiera un problema que estábamos seguros nos preguntarían en el examen.

-Este libro tiene muchas hojas.

El otro mellizo se incomodó y entonces Enereido se comprometió a prestar atención. Pero al poco rato, cuando Jennys había agotado toda su paciencia explicándole por qué si metíamos un dedo dentro del agua al mirarlo nos parecía que había engordado, se rascó la cabeza y sonrió.

-No acabo de entender.

Al salir de la biblioteca vimos a Alfonso. En el portal del hotel La Gaviota él y Gerardito conversaban con el Borracho en un tono amistoso, mientras bebían de un vaso común. De momento éste se alejó de ellos yendo a situarse justamente en la esquina, meciendo su cuerpo y mirándonos retador.

-¡Dicen que van a tumbar el hotel La Gaviota con una grúa!

El otro mellizo cruzó la calle sin responder sus provocaciones. Porque estábamos convencidos: Gerardito le pagaba la bebida a cambio de que nos ofendiera.

-¡Quieren tumbar el hotel!

Fuimos donde Alfonso, sin importarnos los gritos del Borracho ni las burlas de Gerardito.

-Llegaron los estudiosos.

Nuestra intención era salvar al amigo.

-Estás fallando, Alfonso.

-Estoy vacilando en grande.

(31)

Una tarde de sábado, preocupados ya por las constantes borracheras de Alfonso, salimos en su busca. No había asistido a clases durante toda la semana y en su casa no tenían noticias suyas desde hacía tres días. Indagamos con Gerardito, Bundarián, María Adriana y Violeta y quedamos confundidos: después de casarse en la iglesia con Zulema la Endemoniada, nos dijeron, habían tomado el tren con destino desconocido; concertó un duelo a muerte con el Borracho y ya tenían diez botellas bebidas sin parar; acompañando a dos prófugos de la justicia se hizo a la mar en una balsa de goma; compró cien inyecciones de penicilina en la farmacia y estaba escondido en casa de la China Fernández. Todo nos parecía probable aunque sabíamos que en ellos no podíamos confiar.

-Vamos a buscarlo.

Fue una especie de orden de su hermano al que todos habíamos aprendido a obedecer.

Por los alrededores de la esquina del hotel La Gaviota se movían teodolitos, reglas y cintas métricas; un hombre vestido con ropas finas y planos en las manos les daba órdenes a los obreros constantemente.

El trabajo provocaba discusiones entre quienes iban a los bajos de La Gaviota para beber ron. Cuando pasamos frente al bar París escuchamos fragmentos de la polémica.

-Dice el arquitecto que la manzana está llena de fosas.

-No sea usted burro.

Cerca de la cafetería Asia, donde el olor a condimentos sazonadores se mezclaba con el hedor de un baño putrefacto, vimos al Borracho.

-¡Cagalones! ¡Por culpa de ustedes van a tumbar la construcción más sólida de este maldito pueblo!

Continuamos nuestro camino sin hacer caso del Borracho. Aquella búsqueda que acabábamos de emprender nos ponía nostálgicos pues no podíamos evitar los comentarios sobre otros tiempos, cuando Alfonso era

nuestro. Cuando a pesar de que rompía los bombillos de las esquinas le consultábamos todas las dudas y hasta el otro mellizo le obedecía.

-Que no te vea jugando a la casita con Minerva.

-Eso es de hembritas, ¿eh, Alfonso?

-De maricones.

Habíamos ido creciendo a una velocidad vertiginosa sin que nos diéramos cuenta. Ya no necesitábamos que nuestros hermanos mayores nos llevaran al parque; íbamos solos a cualquier lugar del pueblo y escuchábamos historias que no entendíamos bien, como aquella sobre la mujer de Magarabomba que durante los últimos carnavales había aparecido muerta dentro de las aguas del arroyo cercano a la escuela de doña Remigia.

-¿Será Zulema la Endemoniada, eh Alfonso?

-Ustedes creen que yo tengo que saberlo todo.

Íbamos evocando estos momentos, indiferentes al paso de la gente por nuestro lado, apresurados, en dirección a la Feria Agropecuaria, un lugar recién construido en el pueblo; nos habían dicho que ahí podríamos ver corridas de toros como las que se celebraban en Madrid. Estábamos seguros que allá estaría Alfonso: vendían cerveza en abundancia y la nueva orquesta de Justín Marcial iba a inaugurar el salón de bailes de ese sitio.

Hubiéramos querido regresar a la época de la escuela pública, cuando Alfonso nos gritaba apodos.

-¡Enereido papa rellena!

-¡Juan sin frenos!

-¡Francisco el esqueleto!

-¡Rosita la tinaja!

-¡Minerva nalga de pollo!

-¡Eliodoro el borracho!

-¡Alexis el gallina!

A la única que no ofendía era a Violeta porque admiraba sus ojos azules y el pelo rubio.

Eran tiempos en que Alfonso era nuestro; después, cuando en la secundaria comenzó a juntarse con Gerardito y Bundarián, empezamos a perderlo. Lo comprendimos la ocasión en que lo llevamos con nosotros a la fiesta de la hija de Lorenzo Segura. Allí no se bailó *Danubio Azul* ni hubo exceso de fotos. Bailábamos *Lágrimas negras* y *Bodas de oro* entre tragos de cerveza y burlas al mellizo porque le pisaba los pies a Minerva.

-¿Por qué no bailas, eh Alfonso?

-No me gustan los danzones.

Lorenzo se acercó a nuestro grupo brindándonos de una botella de ron Matusalén recién abierta y cuando bebimos interrogó a Alfonso.

-¿Y usted cuándo piensa pelarse?

Alfonso miró a todos lados, como si no quisiera admitir que la pregunta iba dirigida a él. La nariz coloreada de un tinte rojizo por la vergüenza nos dio a entender que ya no era nuestro guía.

-Tú vas a pelarte mañana, ¿eh, Alfonso?

-Me voy de estos quince mierderos.

Intentamos retenerlo pero no aceptó nuestras razones ni disculpas.

-Me voy. Bundarián y Gerardito me están esperando.

Durante el trayecto hacia la Feria Agropecuaria íbamos removiendo las cenizas de la infancia que ya se nos iba, para tratar de descubrir en qué momento exacto habíamos perdido a Alfonso y por qué no logramos retenerlo a nuestro lado. Juntos habíamos aprovechado los recesos de la escuela pública para salir gritando consignas del momento.

-¡Pin pon pal, abajo la Base Naval!

-¡Pin pon manos, abajo los americanos!

-¡Pin pon banquis, abajo los yanquis!

Juntos le habíamos enseñado la lengua a la China Fernández cuando la veíamos barriendo su jardín. Juntos habíamos animado al otro mellizo cuando terminamos el sexto grado para que se hiciera novio de Minerva. Juntos nos burlábamos del Borracho cuando pasaba con su andar inseguro cerca de nosotros y nos ofendía.

-¡Cagalones, la picúa come gente y fuácata!

Juntos habíamos vivido siempre, hasta que empezamos a separarnos a causa de su renuncia, influido por Gerardito y Bundarián, a continuar en la orquesta Rítmica del Son. Después del Festival Municipal quisimos convencerlo de que hablara con Justín Marcial; el violinista no tocaba como Alfonso: no era capaz de acoplarse como él al resto de los músicos.

-Es tremenda orquesta.

-Tremenda mierda.

Todos estos recuerdos nos asaltaban y lo comentábamos en desorden, como aprecian en nuestras mentes, hasta que llegamos a la Feria Agropecuaria. El bullicio no nos incomodaba; estábamos acostumbrados a ese mismo bullicio durante los recesos en la secundaria. En una fila que apenas avanzaba, con la intención de comer un bocadito y tomar refresco, vimos a Rosita.

-¿Has visto a Alfonso por aquí?

-No lo he visto. Y ustedes, ¿no saben quién se murió?

No queríamos creerlo que se tratara de nuestro maestro más querido. Apesadumbrados, seguimos caminando por el amplio terreno de la Feria Agropecuaria y encontramos a Alfonso cerca del salón de bailes, recostado contra un muro, sucio, la cabeza despeinada y los ojos semidormidos. Sacudió las manos al nivel de la portañuela y se volteó cuando lo llamamos.

-Vamos con nosotros, Alfonso.

-¿Dónde?

-Al velorio del maestro Argileo.

-Mierda.

(32)

El padre de Jennys puso a nuestra disposición su casa para que estudiáramos; le parecía que la biblioteca pública no era lo suficientemente amplia ni estaba protegida de los ruidos callejeros habituales como para que resolviéramos problemas donde era necesario hallar una fuerza invisible que provocaba la caída de un cuerpo contra la tierra, aprendiéramos teoremas demostrados por Pitágoras en la antigüedad y habláramos sobre isobaras e isotermas hasta el cansancio. Allí, en la planta alta de lo que había sido un comercio floreciente de platos, pez rubia, cemento, pintura y cuanto artículo pudiera necesitarse en cualquier lugar, nos dábamos cita desde bien temprano en la mañana, hacíamos un alto durante el mediodía y por la tarde con el Sol caliente aún subíamos de nuevo la estrecha escalera protegiéndonos la nariz con los dedos. Culpábamos del mal olor al borracho y a Alfonso, sin prueba alguna, sólo porque el bar París quedaba cerca y desde que habían empezado a derribar el hotel La Gaviota ellos se trasladaron hacia el bar. En éste bebían del mismo vaso, gritaban indecencias, se juntaban en ocasiones con Gerardito y Bundarián y nos ofendían al pasar cerca de ellos.

-Ellos se orinan en la escalera, ¿eh, mellizo?

-No empiecen con la bobería de siempre y acaben de subir.

Una vez instalados en la espaciosa sala, con las sillas colocadas como si estuviéramos en un aula, el otro mellizo se convertía en profesor.

-Déjense de relajos. A mí no van a hacerme como al profesor de Geografía.

Por un momento comentamos desordenadamente los sucesos del aula durante los últimos meses. La directora luchaba constantemente contra las indisciplinas; Hidalgo Sobrecuevas olía igual que el alcohol etílico existente en el laboratorio de Química; la profesora Ofelia vestía pantalones ajustados; con frecuencia encontrábamos notas ofensivas dentro de nuestras libretas; Gerardito y Bundarián nos llamaban chivatos; Alfonso apenas copiaba las clases en sus cuadernos y no realizaba ninguna de las tareas, sin importarle

que los profesores lo llevaran hasta la dirección y allí amenazaran con avisarle a sus padres.

-Olviden ahora a Alfonso y vamos a empezar.

Empezar no fue sólo buscar en un mapa el sitio exacto donde Filipo de Macedonia había dado inicio a las guerras del Peloponeso, sino también escuchar en sordina una discusión que sostenía en ese instante el padre de Jennys con Enereido, quien con el pretexto de ir hasta la cocina a tomar agua se había desentendido de causas y consecuencias de aquellas guerras tal y como lo repetía el otro mellizo para que nos las aprendiéramos con exactitud de puntos y comas.

-Colomé, la Media Luna es resistente.

-No digas eso, muchacho. La caña más resistente a las plagas es la POJ.

-Pero rompe los dientes.

-¡Qué fenómeno! ¡Y así piensas estudiar Agronomía!

-¿Y qué otra cosa voy a estudiar? A los brutos como yo es la única carrera que les ofrecen.

Los dos entraron a la sala a interrumpirnos con su discusión, precisamente cuando Francisco se hallaba atascado en la segunda causa de las guerras. Colomé, devenido de dueño de la ferretería que llevaba su apellido en técnico cañero por voluntad propia, nos mostraba dos canutos de caña que había traído el día anterior del banco de semillas, criticando el hecho de que en la escuela nos llenaran las cabezas con historias sobre guerras pasadas sin darnos a conocer nada sobre las variedades de la caña.

-¿Cuántas arrobas por caballería rinde esta variedad?

-No sé, Colomé. Lo que van a examinarnos es la historia de la antigüedad.

Él miró hacia el montón de cuadernos que le señalaba el otro mellizo y bajó los brazos como admitiendo su derrota.

-No los interrumpo más.

(33)

Mientras merendábamos en la cafetería Asia, después de haber memorizado todo lo relacionado con las guerras del Peloponeso, vimos pasar a Alfonso; vestía el pulóver con la inscripción *The Best* en la espalda y caminaba orondo, como si fuera el personaje más importante del mundo. Nos bajamos de las banquetas giratorias, corrimos hasta la puerta principal y alzando nuestras voces por encima del bullicio de la victrola desde donde partía un barco dando un pitazo rumbo al surgidero de Batabanó, llamamos a nuestro amigo.

Él se detuvo.

-¿Por qué no vienes a estudiar con nosotros?

Le brindamos helado y no aceptó. Lo de él era bebida de hombres, dijo altanero, acariciándose con descaro la portañuela.

Iba a marcharse sin contestar nuestra pregunta cuando se llevó el dedo índice a la sien, en señal de que acababa de recordar algo importante.

-Se murió la China Fernández.

Continuó su camino sin darnos tiempo a pedirle detalles sobre la muerte de aquella mujer a la cual siempre habíamos considerado la maestra de Zulema la Endemoniada.

Cuando del barquillo de helado apenas nos quedaba la porción puntiaguda y empezábamos a triturarla, cruzaron el parque Violeta, Bundarián y Gerardito. Los vimos detenerse un instante a observar cómo la bola de hierro suspendida en la grúa golpeaba una y otra vez las paredes del hotel La Gaviota; después siguieron apresurados, con sus libros iguales a los nuestros, sin reparar en que los observábamos.

-¡Ellos también estudian!

Todos compartíamos el asombro de Francisco. Ellos se jactaban de escuchar música y bailar mientras nosotros permanecíamos en la casa de Jennys preparándonos para las pruebas finales y sus burlas llegaban al grado de las ofensas.

-Los pobres. Son tan burros que estudian diariamente y ni así aprenden las asignaturas.

Se escapaban en horas de clases hacia el *stadium* los días que el equipo del pueblo jugaba a la pelota y si les llamábamos la atención protestaban airados.

-¡Chivatos! ¡Dedíquense a estudiar, ya que son tan brutos!

No habíamos terminado el comentario sobre nuestro asombro cuando vimos acercarse al Borracho. Se detenía al dar un paso haciendo un esfuerzo por erguir la espalda y miraba hacia un lugar indefinido. Nos descubrió mientras tratábamos de alejarnos de la cafetería Asia.

-¡Cagalones!

Nos detuvimos, dispuestos esta vez a ripostar aquella provocación. No le temíamos: nuestros puños habían crecido durante estos meses y nos importaba poco su amistad con Alfonso, Gerardito y Bundarián.

-¡Ustedes son los culpables de que tumben La Gaviota!

Había hablado con una mezcla de rencor y pesadumbre, nosotros continuamos sin contestarle. Desde hacía años venía a emborracharse en el bar situado en los bajos del hotel y no podía admitir que, con el pretexto de que el edificio se hallaba al punto del derrumbe, lo demolieran. También nosotros discrepábamos con lo que nos parecía la destrucción innecesaria de La Gaviota: una pesada bola golpeaba sin cesar sus paredes y sólo levantaba nubes de polvo asfixiantes.

-¿Qué van a hacer en su lugar, eh mellizo?

-Dice Lorenzo Segura que van a construir el parque de los fumadores.

-¿Un parque sin sentido al lado de otro parque?

Ya empezábamos a taparnos las narices para subir la escalera rumbo a la casa de Jennys cuando el otro mellizo vio a Alfonso sentado en un banco. Solitario, entristecido, abandonado por todos. Mientras nosotros, bullangueros, envalentonados por la seguridad que nos daba sabernos acompañados por los demás, nos desquitábamos de sus ofensas de antes

gritándole apodos. Hasta que el otro mellizo se separó de nosotros y lo vimos sentarse a su lado.

-¿Qué te pasa, eh Alfonso?

-Nada.

Trató de ponerse de pie pero su hermano se lo impidió.

-¿A quién esperas?

-A nadie.

Estábamos paralizados, no nos atrevíamos a acercarnos. Temíamos romper la comunicación entre el otro mellizo y Alfonso, quien fuera nuestro guía durante la niñez. Ellos necesitaban hablar, decirse algunas verdades dolorosas. No teníamos derecho a interrumpirlos y nos manteníamos a distancia escuchando unas veces, otras adivinando lo que conversaban.

-Ellos tres no vendrán.

-¿A quiénes te refieres?

-Tú sabes a quiénes me refiero.

Alfonso levantó la cabeza interesado.

-¿Por qué sabes que los espero?

-Los vimos pasar cargados de libros.

Alfonso quedó pensativo. Cuando al parecer iba a contestar, no pudimos contenernos y empezamos a acercarnos. Primero fueron Minerva y Jennys quienes lo recriminaron por haber olvidado los estudios. Cuando ya todos lo rodeábamos se levantó con los puños apretados.

-¡Chismosos!

El otro mellizo nos miró como si estuviera reprochándonos nuestra actitud.

-Vamos a estudiar.

(34)

Al fin llegaron los exámenes que marcarían el final de nuestro estudio en la secundaria; tanto alumnos como profesores entramos nerviosos a las aulas por tratarse de pruebas especiales confeccionadas en La Habana por metodólogos del Ministerio de Educación, pero cuando las tuvimos en las manos llegamos a la conclusión de que no valía la pena preocuparnos. Las preguntas formaban parte de lo estudiado cotidianamente y bastaba para contestarlas leerlas con calma y recordar los conceptos y las fórmulas que habíamos aprendido de memoria durante los últimos meses.

El último día, Hidalgo Sobrecuevas era el encargado de cuidarnos. Permanecía acechante. Cuando golpeó la mesa, guardamos silencio. A los pocos segundos se escuchaba un murmullo, una tos seca y nerviosa; sin apresuramiento, el profesor fue situando a cada cual de manera que ninguno podía comunicarse con el vecino sin ser advertido por él. Cuando concluyó, señaló hacia un sobre amarillo que permanecía encima de la mesa, un sobre abultado que contenía los exámenes, ya lo sabíamos; una vez que fuese abierto ningún profesor podría entrar al aula, aclaró.

Entregaba las hojas con suma parsimonia; al finalizar, se ubicó al fondo del aula y sin verlo percibíamos su mirada al acecho.

A los pocos minutos unos se rascaban la cabeza con violencia, otros protestaban de manera impersonal y algunos lanzaban imprecaciones. Hidalgo Sobrecuevas caminó hacia el frente del aula.

-¡Cállense!

Estuvimos tranquilos un tiempo muy breve, hasta que Gerardito levantó su mano y sin esperar a que le concedieran la palabra habló en tono de protesta.

-¡La profesora Ofelia no dio las clases que corresponden a dos preguntas!

Volvió a iniciarse un murmullo aprobatorio, pero Hidalgo Sobrecuevas no permitía relajamientos de la disciplina dentro del aula.

-¡Silencio!

En silencio estábamos cuando entró la profesora Ofelia con sus pasos de bailarina. Resultaba evidente que una mujer de treinta años sólo tiene quince si viste un pantalón blanco ajustado al cuerpo, una blusa verde con encajes de colores claros y zapatos de tacones altos y correas finas. Además, si recoge su largo pelo cubriéndolo con una pañoleta de colores.

El profesor fue enérgico al hablar, aunque sin llegar a la violencia.

-Recuerde que el reglamento le prohíbe entrar a esta aula.

La profesora Ofelia desanudó la pañoleta con gestos estudiados y el pelo rubio cayó en desorden contra sus hombros, esparciendo un aroma a rosas más enervante que el olor de María Adriana y el de Violeta juntos.

-Hay una pregunta mal redactada.

-Eso a mí no me interesa.

María Adriana aprovechó la discusión entre los profesores para entregarle un minúsculo papel a Violeta, pero el otro mellizo las sorprendió.

-¡Dámelo!

-¡Chivato!

-¡Dámelo!

Muy pocos advirtieron el forcejeo entre Violeta y el otro mellizo porque la mayoría estábamos atentos a la discusión entre Hidalgo Sobrecuevas y la profesora Ofelia. Esta última, perdida la arrogancia con que siempre se había comportado, profirió una frase similar a la que gritaban nuestros padres en el taller cuando se machacaban los dedos con un martillo, y lanzó la pañoleta a la cara del profesor.

-¡Voy a aclarar todas las preguntas!

-Tranquilízate, muchacha.

Ella hizo sonar sus tacones contra el piso.

-¡Después de viejo meterse a chivato!

Mientras el profesor Hidalgo Sobrecuevas comenzaba a abandonar el aula, la profesora alertó que prestáramos atención.

-Tengan en cuenta que en el primer inciso de la pregunta uno el sujeto se encuentra omitido.

Cuando mencionó el inciso segundo, ya Minerva y el otro mellizo habían saltado de sus asientos y forcejeaban con ella.

-¡Chivatos!

-¡Chivatos!

El primero de los gritos fue de Bundarián, el segundo de Violeta. Enereido, imponente en su gordura, se situó al frente del aula.

-¡Al que se fije le ripio el examen!

Sin apenas advertirlo nos dividimos en dos bandos. Mientras Minerva le tapaba la boca a Ofelia ayudada por el otro mellizo, hasta los más tímidos, los que escuchaban siempre en silencio nuestras discusiones con Violeta, Gerardito, María Adriana y Bundarián, y aquellos que trataban de que nunca los viésemos lanzando una tiza o un papel convertido en proyectil, ahora se involucraron en la pelea.

Las sillas rodaban por el piso; Ana María gritaba histérica en demanda de auxilio; Jennys de un sombrillazo impidió que Violeta abriese su libreta; Minerva atenazaba las trenzas de María Adriana, que pretendía atacar con sus largas uñas al otro mellizo que sangraba de la cabeza por un golpe del borrador disparado por Gerardito quien ya tenía los ojos hinchados por un piñazo de Enereido que estaba defendiendo ahora a Francisco del ataque despiadado de Bundarián. Pero nuestros puños de pronto se detuvieron, el borrador que iba a devolver el otro mellizo quedó en sus manos, la mordida con que ya Bundarián estaba al aprisionar un brazo de Enereido desapareció de sus dientes, la respuesta que estaba dictando la profesora Ofelia quedó congelada en su lengua y todos nos estuvimos quietos.

Alguien, con voz temerosa, pretendió minimizar lo sucedido cuando la directora y el profesor Hidalgo Sobrecuevas entraron al aula.

-Aquí no pasa nada.

El otro mellizo rechazó a Minerva y a Jennys, que tenían la intención de limpiarle con un pañuelo la sangre de la cabeza.

-¡Aquí han pasado muchas cosas!

(35)

Cuando la guagua color gris terroso empezó a alejarse, nosotros nos quedamos envueltos en el humo que salía de su tubo de escape; tosíamos como la oportunidad que probamos el primer cigarro de nuestra vida, compartido entre todos.

-¿Quieres fumar, eh mellizo?

-Déjame probar.

En este momento el otro mellizo acababa de marcharse en la guagua, en compañía de Gerardito, Bundarián y algunos otros; las hembras debían esperar su turno y nosotros no sabíamos si irnos por ahí, por las calles del pueblo, o quedarnos hasta que ellas se fueran.

-¿Qué hacemos, eh Alfonso?

-Pregúntenle a Francisco.

Francisco se encontraba cerca de Ana María tratando de conversar con ella; los padres de Ana, sin embargo, no se apartaban de su lado. Minerva nos hablaba con tristeza, como si no fuera a juntarse con el otro mellizo dentro de unas horas. Juan Emilio acababa de salir del taller e interrumpió nuestras conversaciones.

-Los invito a tomarnos unos rones esta noche.

Alfonso se acarició la nariz con la punta de los dedos, como si ese gesto significara que le molestaba el recuerdo del olor a alcohol.

-¿Dónde van a vender ron esta noche?

-En el bar de la Feria Agropecuaria.

Esa noche, en compañía de Juan Emilio, nos dirigimos a la Feria Agropecuaria. Comentábamos con tristeza nuestro descalabro en la secundaria, mencionando las asignaturas y los profesores por cuya culpa no íbamos en la guagua con Enereido y el otro mellizo. Salvador era el único que se confesaba culpable.

-Yo me escapaba todos los días al *stadium*

Los demás renegábamos hasta de la directora acusándola de aliarse a los más inteligentes como Gerardito.

-Es una gusana, ¿eh, Alfonso?

Alfonso no podía contestarnos; adelantándose al grupo bullicioso conversaba con una mujer que tal vez le triplicara en edad y de una gordura tan exagerada que apenas hubiera podido abrazarla al nivel de la cintura.

Llegamos al bar de la Feria Agropecuaria indignados contra todos los profesores, desde Ofelia hasta Hidalgo Sobrecuevas. Alfonso se situó lejos de nosotros acompañado de la mujer gruesa y cuando habían bebido el primer vaso de ron se perdieron de vista. En nuestros comentarios imaginábamos lo que estaba sucediendo.

Alfonso había sacado de su escondite los pedazos de cartón que manteníamos protegidos dentro de la cabina herrumbrosa de un camión abandonado; alumbrándose con fósforos, al fin habría encontrado un sitio donde las vacas no habían depositado sus excretas de un color verdinegro y las espinas del marabú no molestaban. Ya estaban tendidos en los pedazos de cartón, gimiendo entrecortadamente, suspirando despacio.

Nos hablábamos a gritos en el momento que Alfonso venía entrando mientras se sacudía los pantalones, oloroso a yerba húmeda de rocío.

-Tremenda hembra, muchachos.

-¿No es demasiado gorda?

-Es mejor que Zulema la Endemoniada.

-¿Mejor que Violeta?

-Tu madre.

(36)

Estábamos protegidos por la sombra de la mata de mangos que nos había servido de refugio durante los juegos infantiles. Hablábamos del otro mellizo, quien nos describía en su última carta el Hotel Nacional, afirmando que guardaba semejanza en su construcción con el hotel La Gaviota, cuyo derrumbe bajo las órdenes del arquitecto nos llevó a desconfiar de Lorenzo Segura por haberlo permitido. Gerardito, Enereido, Bundarián y él entraban con frecuencia al lujoso hotel sin un objetivo definido, solamente para contárnoslo en sus cartas. También caminaban por el Habana Libre y llegaban hasta los baños; depositaban la moneda y volvían a salir. Sólo una vez subió al bar Turquino, demorando el final de los tragos porque de todos ellos el único que traía dinero en abundancia era Gerardito.

A Alfonso aquellos comentarios sobre las cartas del otro mellizo lo incomodaron.

-¿No pueden hablar de otra cosa?

Aunque mantuvimos el silencio durante un largo rato, volvimos al tema de cada tarde, mientras esperábamos la comida. Entonces Alfonso cambió la expresión ceñuda y discutió con vehemencia sobre tipos de roscas y tolerancias, velocidades de corte y acabado superficial. De ahí a hablar mal acerca del jefe de taller sólo demoró unos minutos.

-Genurio sí es tornero, ¿eh, Alfonso?

-Es un mierda.

(37)

Como otras veces, nos vimos a la hora de la merienda en la cafetería y allí aprovechamos para continuar la conversación de la noche anterior en el parque sobre la propuesta de Justín Marcial. También hablamos del ciclón que se avecinaba y de las intensas lluvias que según los del Observatorio Nacional caerían durante varios días. Los ciclones nos obsesionaban, al punto de que empezamos a caminar de nuevo rumbo a los tornos prácticamente obligados por Genurio. De pronto nos detuvimos.

-Un ciclón es del carajo.

-Seguro que suspenden los carnavales.

-¿Qué tú crees, eh Alfonso?

Juan Emilio era el más preocupado de todos. Se resistía a creer que tuviéramos que pasar este año sin divertirnos, pero en el acto olvidó ese tema para retornar al del torno.

-¿Qué estás haciendo, eh Alfonso?

-Un buje de bronce.

-Compadre, usted es un bujero.

-Mierda.

Alfonso se alejó del grupo, incómodo. A él le tenían sin cuidado los ciclones y los carnavales. Ahora solamente se preocupaba porque las piezas que torneaba salieran sin defectos y no quería escuchar las razones que esgrimíamos por encargo de Justino Marcial.

-Óyenos, Alfonso.

-Tengo que terminar el buje.

-Eres un bujero.

-Tu madre.

Genurio llegó donde nosotros, se quitó los espejuelos de armadura de carey y jugueteó con ellos durante unos instantes. Sus mandíbulas masticaban un alimento inexistente; luego de mover la cabeza hacia ambos lados habló en voz baja.

-Vayan a trabajar.

-Déjenos conversar un asunto con Alfonso.

Miró hacia la muñeca izquierda.

-Ya es tarde.

-No sea malo, Genurio.

Ese trato filial que utilizaba Salvador siempre acababa rindiendo a Genurio. Volvió a masticar en seco y asintió con la cabeza.

-Sólo quince minutos.

La orquesta Rítmica del Son prácticamente había desaparecido desde que salimos de la secundaria. Justín no estaba conforme: los músicos que había logrado reunir se contentaban con acordes facilistas; los cantantes lanzaban algunos gritos, contaban cuentos de relajo frente al micrófono y repetían hasta el cansancio un estribillo falto de lógica.

-Francisco podría tocar la tumbadora.

-Juan Emilio canta y es compositor.

-Salvador puede hacerse cargo del violín segundo.

-¿Por qué no entras otra vez a la orquesta, eh Alfonso?

-No tengo tiempo.

(38)

Alfonso empuñó el pie de rey como si fuese una pistola y alzó la voz tratando de vencer el rugir de los tornos.

-Esa pieza está correcta.

El tecnólogo pasó los dedos por la superficie brillante del acero.

-La terminación no es la adecuada.

Ya el hombre iba a dar la espalda cuando Alfonso lo tomó por un brazo.

-Si viniera más por el taller estas cosas no sucederían.

Juan Emilio detuvo su máquina y se acercó a ambos tratando de convencer a Alfonso de que regresara a su puesto.

-Genurio no sabe nada de tornería.

Empezaron a pararse algunos tornos; los operarios de mayor edad permanecían indiferentes ante aquel brote de rebeldía. Nosotros nos solidarizamos con Alfonso.

-Genurio no nos entrega espejuelos de protección.

-No sabe interpretar los planos.

-No es capaz de indicarnos la velocidad de corte.

El grupo iba creciendo alrededor del tecnólogo; Genurio se levantó con calma de su buró colocado en el fondo del taller y vino donde nosotros. Después de quitarse los espejuelos oscuros nos reprendió con energía.

Los tornos de los mayores continuaban funcionando. El tecnólogo dio media vuelta y comenzó a alejarse mientras Genurio movía los labios sin pronunciar palabra alguna mientras una saliva espesa le corría por la comisura de los labios.

Al poco rato, a Juan Emilio lo llamaron de la administración. Mientras tanto, vigilábamos en nuestras máquinas el culebreo de las virutas que saltaban en dirección a la cara y sentíamos rabia porque los espejuelos de protección permanecían en el almacén.

-Dile a Genurio que nos preste sus espejuelos con armadura de carey.

-No sea usted burro. Si nos los presta no podrá dormirse en el asiento fingiendo que nos vigila.

Cuando Juan Emilio regresó quisimos saber lo que había dicho el administrador.

-Trabajen y no sean chismosos.

-Vete a la mierda.

Esa noche en el parque nos desentendimos de las conversaciones sobre los espejuelos oscuros de Genurio, las tolerancias indicadas en el plano y las velocidades de corte para regresar a otros temas más cercanos a nuestras risas y jaranas; después de un día completo vigilando las piezas giratorias bañadas por un aceite del color de la leche que en finos hilos se escurría hacia la bancada de los tornos, podíamos dedicarnos a escuchar a Alfonso en sus lecciones habituales, quien nos explicaba como todo un catedrático conceptos descubiertos por él en un libro que había encontrado entre papeles viejos y folletos pertenecientes a su padre.

Así fue como pudimos enterarnos de que la sensación de haber poseído el cuerpo de Violeta o de Minerva en algunos amaneceres de la época que estudiábamos en la secundaria se llamaba *sueño erótico* y que no se trataba de algo anormal ni preocupante; también aprendimos palabras como *eyaculación* y *clitoris*, aunque sin entender muy bien determinadas relaciones entre tales palabras y otras que se nos olvidaban.

-¿Las mujeres eyaculan, eh Alfonso?

-Claro que sí.

Esa noche Alfonso prometió prestarnos el libro titulado *La sensación sexual en el hombre y la mujer* si lo ocultábamos de nuestros padres cuando estuviéramos leyéndolo, y empezamos a disfrutar de antemano el capítulo titulado *Diferentes posiciones para el coito*.

(39)

Como todas las mañanas nos detuvimos frente a la casa de Alfonso y lo llamamos a gritos. Esperábamos que él saliera abotonándose la camisa, con los restos de sueño en la cara y el apresuramiento que lo caracterizaba, cuando Gerardina abrió la puerta principal y sin mirarnos, acariciándose el vestido con sus dedos cuarteados y ennegrecidos, nos dio una noticia al parecer sin importancia.

-Alfonso se siente mal.

Su voz no reflejaba preocupación alguna; un catarro pasajero o un dolor de garganta lo sorprendía a cualquiera; una fiebre, una indigestión, dolores musculares. Alguien preguntó la hora.

-Faltan quince minutos.

Genurio ya estaría acechante en la puerta del taller esperando la llegada tarde de cualquiera de nosotros para demostrarle al tecnólogo que en los jóvenes no podía confiarse; éramos unos indisciplinados, por algo no habíamos aprobado el último examen de la secundaria aunque lo repitieron dos veces más y en cada oportunidad las preguntas fueron parecidas. Así justificaba Genurio su eterna vigilancia tras los espejuelos oscuros con armadura de carey.

-Dígale a Alfonso que por la tarde pasamos por aquí.

Gerardina asintió entornando la puerta para comenzar a alejarse rumbo a la cocina.

Nos situamos frente a las máquinas sin preocupaciones por los paseos de Genurio cerca de nosotros. Pasábamos de mano en mano el pie de rey con el nonio tambaleante, nos quitábamos unos instantes los espejuelos de protección y acariciando el surco marcado en el puente de la nariz esperábamos que Genurio se alejara para comentar nuestras inconformidades.

-La punta de esta cuchilla no sirve.

-Dice Genurio que no hay otra.

-Sí hay.

Él descubrió al fin nuestro cuchicheo y volviendo sobre sus pasos vino a detenerse frente a los tornos que ocupábamos. No preguntó como otras veces cuál era nuestro problema; la voz ahora le salía tierna, en un tono similar al que empleaba Salvador para dirigirse a él.

-Recuerden que estamos esperando la visita de Lorenzo Segura.

En más de uno renació la esperanza. Alfonso, desde la semana anterior, pensaba aprovechar esta visita al taller por parte de Lorenzo para volver a hablar de los micrómetros. Lo habíamos planteado en varias asambleas sindicales, y tanto Genurio, el tecnólogo, como el administrador, se habían comprometido a hallar alguna solución; sin embargo, cada vez que Juan Emilio les preguntaba respondían dubitativos.

-Estamos haciendo gestiones.

-Dentro de poco quedará resuelto.

-Pronto habrá una respuesta.

Mientras tanto, los micrómetros continuaban almacenados, envueltos en grasa reseca, atascados en su ocio y nosotros utilizando unos instrumentos defectuosos.

Cuando supimos que Lorenzo Segura nos visitaría, Alfonso trató de convencer a Juan Emilio de que aquella era la oportunidad de resolver el asunto de los micrómetros.

-Yo no me meto en esos líos.

-Eres un pendejo.

-Prefiero que me llames pendejo y no convertirme en un chivato.

Entonces Alfonso resolvió plantearle el problema a Lorenzo, sin imaginar que el día de su visita al taller se encontraría enfermo.

-¿Qué tendrá Alfonso, eh Juan Emilio?

-No sé.

A media mañana Lorenzo Segura entró al taller. De estatura imponente, mirada severa y sonrisa a flor de labios, continuaba siendo en la actualidad para nosotros el que nos guiaba en nuestras dudas como en la época de secundaria, a pesar de que apenas lo veíamos. Suya fue la idea de

que nos incorporáramos al taller cuando desaprobamos el examen final, y aunque ya no caminaba con frecuencia por las calles del pueblo todavía confiábamos en él.

Se acercó a nuestros puestos y nos palmeó las espaldas.

-¿Cómo van las cosas por aquí?

Más de uno hubiera deseado hablarle sobre las moscas en la cafetería, los espejuelos que nos molestaban y las botas con casquillos de acero guardadas en el almacén; sin embargo, la sangre se nos heló a todos y la boca no dijo lo que pensaba el corazón.

-Sin problemas.

A la hora de la salida todavía estábamos rabiosos contra nosotros mismos.

-Alfonso hubiera dicho la verdad, ¿eh, Juan Emilio?

-Ustedes tenían razón. Soy un pendejo.

(40)

Un día cualquiera de esos que luego a uno se le extravían en la memoria vimos partir una vez más al otro mellizo, a Gerardito y a Bundarián; también los acompañaban algunas hembras y otros muchachos que apenas conocíamos. Enereido y Violeta quedaban entre nosotros, mirando con nostalgia a los que se iban en los ómnibus; entre despectivos y violentos aseguraron que no les importaba continuar los estudios.

Enereido encogió los hombros cuando el ómnibus empezó a alejarse.

-Lo único que me interesa es ganar dinero.

Violeta miró a Alfonso y él no supo dónde colocar sus manos cuando ella se le acercó para arreglarle uno de los botones de la camisa con un gesto de coquetería.

-Mejor es quedarse en el pueblo.

Al cabo de los meses comprendimos que aquella última separación entre nosotros resultaba definitiva. El otro mellizo y los demás iban adquiriendo conocimientos que nosotros no entendíamos y optaron por no comentar en nuestra presencia el contenido de las clases que recibían. También quienes quedamos en el pueblo tomamos rumbos diferentes.

Enereido apenas permanecía en el pueblo, manejaba una rastra y viajaba con frecuencia hacia lugares lejanos.

Francisco había decidido cambiar su forma de vivir y ahora podía vérselo en las cercanías del antiguo hotel San Gregorio proponiéndoles a los transeúntes gozar de una hembra descomunal.

Damián pasaba las horas del día sentado frente a un buró atestado de papeles.

Salvador era músico en la orquesta Rítmica del Son, dirigida por Justín Marcial.

Violeta no frecuentaba el parque donde nos reuníamos cada noche a discutir sobre nuestras vidas. No obstante, imaginábamos que Alfonso estaría en compañía suya porque tampoco venía a conversar con nosotros.

En el caso del otro mellizo y los demás, cada vez que venían al pueblo nos distanciábamos un trecho. Él había adoptado el aire de orgullo privativo de Gerardito.

-Ustedes no saben en qué consisten la integración y la diferenciación. Gerardito se jactaba también de cuanto aprendía.

-Es bastante difícil determinar la causa de una enfermedad. Ustedes nunca hubieran sido médicos.

Bundarián, sin embargo, admitía sus propias limitaciones.

-No logro memorizar el nombre de los medicamentos.

Pero no por ello buscaba nuestra amistad.

-Me voy a casa de Gerardito. Allá hay discos de Los *Beatles*.

María Adriana adoptaba otro lenguaje, muy diferente al que le habíamos conocido desde la secundaria.

-Es necesario estudiar cada día. Sólo de esa manera desarrollaremos el país.

Respecto a los demás, apenas tenían tiempo de dirigirnos la palabra, inmersos como estaban en los estudios, cada día más difíciles, las obligaciones sociales y los problemas propios.

En el taller encontramos a Genurio tan cascarrabias como otras veces.

-¡Todos a sus máquinas!

-Genurio, déjeme cambiarme.

-No señor.

Aprovechamos la hora de la merienda para comentar el asunto más preocupante.

-¿Ya estás bien, eh Alfonso?

-Todavía me duele el estómago.

-¿Qué te dijo el médico?

-Ordenó hacerme unos estudios especiales.

Al regresar frente a las máquinas continuamos rumiando nuestras dudas, sin entender todavía el informe que había leído Juan Emilio en la última asamblea sindical.

-En limpieza y organización estamos bien.

Comenzó a lloviznar; las gotas que caían desde el techo iban a colmar el tanque con las limallas herrumbrosas. Juan Emilio necesitó una llave y no logró encontrarla, a pesar de que se paró en medio del pasillo central y la pidió a gritos.

-No existen problemas con las condiciones de trabajo.

Alfonso se quitó los espejuelos de protección apretándose las sienes con ambas manos. Como a todos le molestaban en la nariz por resultar estrechos y no permitían una adecuada visibilidad.

-Existe una gran compenetración entre el sindicato y la administración.

Genurio pasó junto a nosotros en su ronda habitual; Juan Emilio lo miró con rabia: se veía a las claras que tenía deseos de ofenderlo por no haber encontrado la llave.

-Hay buena participación en los trabajos voluntarios.

Alfonso, sin desatender su tarea, le habló a Juan Emilio. Él tampoco podría venir el domingo a la limpieza del taller porque tenía necesidad de cumplir con algunas obligaciones en su casa.

-Se aprovecha racionalmente el tiempo de trabajo.

Llamamos la atención de Alfonso, que en ese instante apretaba su estómago con una mano.

-¿Será todo cierto, eh Alfonso?

No contestó. Sudaba. Un sudor que cubría toda su cara; la piel había tomado una coloración amarilla y por la expresión podíamos adivinar que estaba sufriendo. O que fingía.

(41)

Nuestra vida transcurría en una rutina. Por la mañana debíamos levantarnos al sonar el timbre del reloj y correr para llegar a tiempo al trabajo. Por la tarde regresábamos a nuestras casas agotados de luchar contra las piezas y la vigilancia de Genurio. Por la noche en el parque hablábamos de mujeres mientras fumábamos de un cigarro colectivo. Siempre volvíamos a mencionar a Violeta, sus dos senos como montañas elevadísimas, el pubis amenazante cuando vestía alguna ropa ajustada, las ondulantes nalgas al caminar, lascivas e incitantes.

-Está bueno ya. Por ahí viene Alfonso y puede ofenderse.

Desde que Alfonso llegaba solamente hablábamos sobre enfermedades.

(42)

Con el paso del tiempo la vida empezó a dejar sus huellas en todos nosotros. Sin embargo, a pesar de que ya habíamos perdido algunas muelas definitivas y el pelo nos escaseaba o se nos iba convirtiendo en canas, solíamos juntarnos algún que otro fin de semana y recordar aquel pasado un tanto neblinoso; también nos visitábamos sin ningún objetivo definido o en busca de solución a algún problema personal. En todas esas oportunidades hablábamos sobre Alfonso.

(43)

¿Te acuerdas cuando fui a tu oficina, eh mellizo? Era espaciosa y con cientos de detalles que ponían de relieve tu personalidad. No me cabían dudas de que las flores artificiales encima del buró, las reproducciones de cuadros de Mariano y Portocarrero en las paredes, las cortinas floreadas detrás de tu mesa de trabajo, los adornos metálicos y de porcelana, las alfombras en el piso, las bocinas ocultas que dejaban escuchar en sordina los instrumentales; en fin, todas esas minucias que le daban sentido a tu vida durante más de catorce horas diarias desde que el matrimonio entre tú y Minerva se convirtió en un fracaso, habían sido ordenadas por ti y no por tu antecesor en el cargo, tal como le asegurabas a Alfonso cuando él te comparaba con el administrador del taller donde trabajábamos.

Yo necesitaba de ti. En otras circunstancias no me hubiese atrevido a traspasar el umbral de aquella oficina que nos separaba de la niñez vivida en común. Antes de irme, después de resolver el problema que me llevara a ti, y mientras bebíamos el café servido por tu secretaria, una hermosa mujer que me hacía recordar a las mujeres inventadas en nuestras conversaciones juveniles cuando soñábamos con Zulema la Endemoniada, me hiciste una advertencia que hoy debe dolerte.

-Me parece que Alfonso está burlándose de la ingenuidad de ustedes.

(44)

Juzgabas mal a Alfonso por sus negativas a integrarse de nuevo a la orquesta Rítmica del Son, ¿eh, Salvador? Ahora tú dirigías otra orquesta, formada por músicos dispuestos a triunfar; qué de mañas utilizaron para aparecer en los programas televisados, no lo sé; cómo lograron grabar seis discos en menos de dos años viviendo en un pueblito olvidado por los mecanismos de promoción, lo ignoro. Sólo puedo atestiguar sobre aquella conversación que sostuviste conmigo con el pretexto de que revisara una partitura. Sabías que Alfonso, a pesar de mis defectos como individuo, admiraba el respeto que les imponía a los demás mi carácter sin tachas. No pudiste entender mi negativa a hablarle para que regresara a tu orquesta, no me creíste cuando te aseguré que su salud no le permitía pasar las noches sin dormir a que nos obligaba el oficio.

-¿Alfonso enfermo? Su única enfermedad es el ron que bebe.

(45)

¡Qué equivocado estabas con Alfonso!, ¿eh, Francisco? Tus borracheras eran conocidas por todos en el pueblo, no intentes ahora ocultarlo detrás de tu posición de jefe en una empresa importante. Cada vez que yo regresaba de algún viaje ahí estabas tú paseándote por las cercanías del San Gregorio, con el andar parecido al del Borracho que ofendíamos cuando estudiábamos en la secundaria. Esas borracheras te recordaban las de Alfonso cuando visitaba la casa de Gerardito, y no podías admitir que ahora se manchara de grasa las ropas y las manos para ganar de manera decente su salario. Lo invitaste a servirte de cómplice en el negocio turbio a que te dedicabas, y si no me hubieras visto en el preciso instante que discutían todavía hoy estarías preso, porque él estaba dispuesto a denunciarte.

-Oiga, compadre, Alfonso ahora es un chivato.

-No sea usted burro. Alfonso es todo un hombre.

(46)

Estoy segura de que no le fuiste fiel, ¿eh, Violeta? No te ofendas: recuerda que durante un tiempo estuvimos dentro de la familia. Sólo he venido con la intención de prevenirte que muchos hablan de ti en este instante, acusándote de hipócrita. Y aunque jamás mencioné el asunto, ¿lo recuerdas?, me refiero a la oportunidad en que Alfonso se encontraba de guardia en el taller y un Lada pasó a recogerte, ahora comentan que tú te entendías con Gerardito. Te recomiendo que te calmes y te adaptes a las circunstancias: tú pensabas que su abandono en la cama se explicaba porque existía otra mujer de por medio. Recuerda aquella ocasión en que conversamos como amigas, cuando te alerté que la infidelidad era denigrante tanto para el hombre como para la mujer.

-No pretendas defenderlo ahora después de lo sucedido. Él fingía sentirse mal para no atenderme en la intimidad.

(47)

Tú mismo, con todo y tu sabiduría, te equivocaste, ¿eh, Gerardito? Acumulaste fama como especialista durante tu estancia en el África y regresaste convertido en otra persona. Te confieso que yo pensé en más de una oportunidad: “Cuando estemos en Barajas, buscará un pretexto para alejarse del grupo”. ¡Qué mal te conocía! A partir de aquel momento olvidé los golpes que me habías dado cuando estábamos en la secundaria y comencé a acercarme de ti de manera diferente, a consultarte cuando me hallaba indispuerto, a buscar por tu intermedio el mejor especialista para que atendiera a mis hijos. Y cuando comentábamos el caso de Alfonso tú asegurabas haber valorado a fondo cada análisis, los estudios radiológicos y las restantes pruebas complementarias. El resultado, según tú, siempre era el mismo: los dolores en la zona del estómago podían considerarse ilógicos, las molestias en la cabeza que él decía sentir carecían de causas, el cansancio constante de su cuerpo resultaba contradictorio.

-Son los nervios. Por eso lo he pasado con Bundarián para que lo atienda.

(48)

No podías tolerar a Alfonso, ¿eh, María Adriana? Hablemos en confianza, de mujer a mujer. Cuando estudiábamos en la secundaria llegaste a enamorarte de él y hasta le permitiste algunas caricias. Yo lo sé, no empieces a negarlo como otras veces. La noche de la fiesta en tu casa, durante la época en que estábamos divididos en dos bandos y escribíamos en la pizarra para fastidiar a los otros *CON DIOS TODO-SIN DIOS NADA*, cuando apagamos algunas luces para bailar *Abril en Portugal* yo me encontraba al lado de ustedes y escuchaba tus suspiros. Claro, después te encumbraste y nosotros fuimos quedando atrás, como simples provincianos; mientras tu nombre aparecía en la prensa nacional, quienes carecíamos de talento o relaciones debíamos conformarnos con discutir cada tarde con un Lorenzo Segura tozudo, empecinado y al borde de la choches irreversiblemente; aun así, nuestras noticias se publicaban del todo transformadas. Cuando volviste, apenas nos mirabas y a Alfonso lo saludaste a medias, torciendo la nariz y los labios desde lejos; por compromiso, como si lo odiaras por el recuerdo de los besos que una vez se intercambiaron. Venías convertida en toda una mujer, elegante, con la fragancia de perfumes que nosotras no conocíamos, vestida a una moda ignorada por las que nos habíamos enterrado con vida en el pueblo. Al transcurrir los primeros días trabajando en el periódico, Lorenzo Segura comprendió que te desgastarías en minucias si continuabas allí y habló con Bracamontes. Pero dejemos a un lado estas futilidades y vayamos a lo que deseaba decirte: Alfonso te recordaba una etapa de la vida que aborrecías. Y si lo afirmo con esta seguridad que no admite réplicas es porque no he olvidado tampoco la fiesta de fin de año cuando ya cargados de hijos y preocupaciones decidimos rememorar nuestra adolescencia juntándonos en el antiguo Club de los Rotarios. Para la mayoría, un hermoso gesto de compañerismo; para ti, en cambio, un rotundo fracaso: luego de haber bailado *Stenderly* con Alfonso, regresaste al grupo donde estábamos las que obedecíamos en la secundaria tus órdenes sobre la longitud de las sayas o el

color de los creyones, y mientras bebías de un solo trago la copa servida, el tono de tu voz salió amargo.

-La vejez está acabando con Alfonso. Como con todos nosotros.

(49)

Por estos motivos les aclaramos: no somos aquellos niños. Nadie se acuerda del Viajante, y al Loco sólo se le menciona cuando nos reunimos como ahora en un velorio. Repetimos las mismas historias, sin extrañarnos de que Gerardito sea un especialista renombrado, el mismo que atendiera a Alfonso hasta el último momento y nos explicara los detalles de su enfermedad; que María Adriana ahora hable en términos diferentes a los que se expresaba antes, pues ella nunca se ocultaba para decir que nos despreciaba.

Y Alfonso, mientras tanto, empieza a convertirse en el repulsivo rostro de la muerte.

Novela sobre la brevedad de la vida y la pérdida de la inocencia, al mismo tiempo intenta recuperar de la memoria a personajes y situaciones, sin llegar al costumbrismo. El narrador y sus personajes ven como la vida se les escapa como niebla. Si hay un personaje central es el tiempo, que domina subrepticamente todas las peripecias de la trama, aunque en apariencia esta sea la historia de un grupo de amigos de la infancia. El uso de una perspectiva narrativa en el plural de la primera persona convierte el argumento en la historia de una generación que ve perder sus símbolos, sueños y vigor en la tragedia de la cotidianidad. La transparencia de la prosa, el buen manejo de los diálogos y lo interesante de la historia, hacen de este un texto perfectamente disfrutable.

Alberto Garrido Rodríguez

Andrés Casanova (Los Lunos, Cuba, 1949) es miembro de la UNEAC. Esta editorial publicó en el año 2000 su novela *Tormenta tropical de verano* (con segunda edición en Ciudad México por Ediciones Coyoacán en el año 2003), a lo que luego agregó *Las trágicas pasiones de Cándida Moreno* en el año 2001 y *Las nubes de algodón* en el 2005. Le han publicado además en Letras Cubanas en 1995 *Hoy es lunes* y en Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, *La jaula de los goces* (2001) y *La fiebre del atún* (2005).



ISBN 959-251-241-8



9 789592 512412

Sanlope

